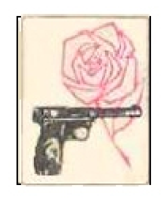


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El asesinato del siglo

Al llegar a Europa, Brigitte se encuentra con que es rechazada por sus amigos «Monsieur» Nez y John Pearson, y no es admitida ni en Francia ni en Inglaterra. Así se inicia esta aventura de Brigitte, con una serie de situaciones insólitas y peligrosas que finalmente le proporcionan la pista increíble de que alguien llamado Xox está preparando el asesinato del siglo, y, para llevarlo a cabo, dispone de varias copias de la agente Baby.



Lou Carrigan

El asesinato del siglo

Brigitte en acción - 328

ePub r1.1
Titivillus 19.09.2017

Lou Carrigan, 1982
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

Con la tranquilidad y simpatía de siempre que llegaba a París, la periodista norteamericana señorita Brigitte Montfort exhibió su pasaporte, mientras, junto a ella, uno de los pasajeros del mismo vuelo procedente de Nueva York, que se había distinguido por su tenacidad en ampliar sus relaciones con la bellísima Brigitte, hacía un divertido comentario sobre París.

Brigitte rió la broma, pero, al mismo tiempo, su mirada contemplaba con cierta expectación al hombre que, tras echar una mirada a su pasaporte, estaba ahora mirando algo que tenía en el pequeño tablero ante él, y que Brigitte no podía ver bien debido a la cabina.

—… aunque, dicha sea la verdad —insistía el otro pasajero—, me parece que París ganaría bastante en belleza si en lugar de la Torre Eiffel la colocaban a usted.

—Es usted amable y divertido, señor Stone —siguió Brigitte la broma—, pero temo que a mí no se me vería de tan lejos como a la Torre.

—¿Y a quién le interesaría estar lejos de usted? Yo mismo, ahora, me pregunto qué voy a hacer en París sin usted.

—Según entendí durante el vuelo ha venido usted aquí a resolver importantes negocios, ¿no es así?

—¡Bah, los negocios! Sin son malos, no valen la pena.

—¿Sus negocios son malos? —se sorprendió Brigitte, que seguía mirando al francés que parecía leer algo.

—No, no… ¡Por fortuna, son estupendos! Y eso es lo realmente estupendo de los negocios estupendos: que marchan por sí solos. O sea, que si son malos, es mejor olvidarlos; y si son buenos, como ya funcionan por sí solos, podemos dedicar nuestro tiempo a cosas más agradables.

—Caramba, me gustaría poder decir lo mismo de mis negocios,

señor Stone: le aseguro que para que funcionen adecuadamente tengo que dedicarles toda mi atención.

—Lo comprendo. Una periodista de su nivel no puede permitirse el lujo de distraerse demasiado de su trabajo. Pero… Bueno, unos días de fiesta siempre sientan bien, ¿no le parece?

—Sin duda. Pero como ya le he dicho varias veces…

—¿Señorita Montfort? —La miró el encargado de pasaportes.

—Dígame —le miró fijamente Brigitte.

—¿Será tan amable de esperar un momento?

Brigitte parpadeó, sorprendida.

—¿Qué ocurre? ¿Algo no está bien en mi pasaporte?

—Por favor, espere un momento.

—Muy bien.

El hombre salió de la cabina, y se acercó a dos sujetos altos y casi elegantemente vestidos que conversaban como aburridos unos cuantos pasos más allá, en la recepción de vuelos internacionales. Al ver acercarse al otro, se quedaron mirándolo. El hombre llegó ante los otros dos, dijo algo, y los dos hombres miraron hacia donde ahora en cabeza de cola, Brigitte Montfort esperaba. Cambiaron unas cuantas palabras más, y los tres se dirigieron hacia la cabina. El hombre que trabajaba en ésta tomó el pasaporte de Brigitte, y lo tendió a uno de los otros dos, que lo miró, miró a Brigitte, volvió a mirar el pasaporte…, y se lo guardó en un bolsillo de la chaqueta. Acto seguido, él y su compañero salieron del recinto oficial, y se acercaron a Brigitte.

—Señorita Montfort, ¿será tan amable de acompañarnos?

—Oigan, oigan, un momento —comenzó a protestar en su aceptable Francés el señor Stone—… ¿Qué significa esto? ¡La señorita Montfort…!

—¿El señor viaja con usted? —preguntó uno de los hombres.

—No —negó Brigitte—: es sólo un pasajero del mismo vuelo.

—Está bien. Le ruego…

—Pero… ¿qué demonios pasa aquí? —Alzó la voz Stone—. ¡La señorita y yo somos ciudadanos norteamericanos, y…!

Brigitte cerró un instante los ojos antes de mirar al irritado señor Stone.

—Tranquilícese, señor Stone. Ellos saben que somos norteamericanos. No hace falta que se lo demostremos.

—¡Ellos no tienen derecho a molestarla…!

—Tienen derecho, porque estamos en Orly, el aeropuerto de la capital francesa, y ellos son franceses y nosotros extranjeros. Aparte esto, no me están molestando, eso es todo.

—¡Pero…! De acuerdo, está bien. La estaré esperando en…

—Será mejor que se vaya a su hotel, señor Stone.

—¡De ninguna manera! Quiero estar seguro de que…

—Le llamaré, señor Stone. Adiós. ¿Puedo recoger mi equipaje? —Se dirigió a los dos franceses.

—La ayudaremos —asintió el hombre.

Brigitte Montfort abandonó la cola de los pasajeros recién llegados de Nueva York, y, acompañada por los dos sujetos, fue hacia donde esperaban ya los equipajes.

—Esas dos maletas —señaló Brigitte.

Cada hombre se hizo cargo de una maleta; una de ellas era bastante grande; la otra, mediana. Ese era todo el equipaje de la señorita Montfort, salvo su bolso de mano. No llevaba el maletín rojo con florecillas azules estampadas, y esto, que podía no significar nada para el señor Stone, habría sido revelador para cualquiera que conociera bien la doble personalidad de Brigitte como agente de la CIA: la sin par, audacísima, implacable, invencible agente «Baby». Sólo que si la señorita Montfort no llevaba su maletín lleno de trucos estaba bien claro que el viaje era en son de paz.

Y eso era lo que la tenía sorprendida. ¿Qué ocurría? ¿Por qué la Policía francesa la tenía apuntada en su «lista negra»? ¿Por qué interceptaban la llegada de una periodista americana? ¿O era una trampa que…?

No. No podía ser una trampa, porque ello significaría que sus enemigos, que habrían sobornado al empleado francés de pasaportes, sabían que Brigitte Montfort era la agente Baby…, en cuyo caso, haría ya tiempo que la habrían eliminado.

No.

Simplemente, la Policía había… detenido a la periodista americana Brigitte Montfort.

¿Por qué?

La llevaron a una pequeña salita dentro de un conjunto de oficinas en el vestíbulo del aeropuerto. Luego, los dos hombres

cuchichearon unos segundos, y uno de ellos salió. El otro se quedó ante la puerta, como cerrando la salida. Su actitud era cortés, pero estremecedoramente impersonal.

—Puede sentarse, si lo desea —dijo, señalando una butaca.

—Gracias. Pero me gustaría saber qué está ocurriendo.

—Pronto lo sabrá.

Brigitte titubeó un instante, antes de pedir:

—¿Puedo hacer una llamada telefónica?

—No.

Brigitte se sentó en la butaca, abrió el bolso, sacó cigarrillos, y encendió uno. Cruzó las piernas, y se dedicó a fumar, apaciblemente. El hombre que parecía custodiarla dirigió una furtiva mirada hacia las esbeltas piernas femeninas. Unas piernas bellas y elegantes. Como todo en la señorita Montfort, cuya belleza y distinción tenían no poco impresionado a su vigilante. Ni siquiera en París era fácil encontrar mujeres como Brigitte Montfort: alta, de cuerpo espléndido, vestida con elegancia, rostro bellísimo en el que destacaban la tersa y bien curvada frente y los grandiosos ojos azules…

El hombre desvió la mirada de las piernas, y Brigitte sonrió levemente.

El otro sujeto regresó unos cuatro minutos más tarde, volvió a cuchichear con el que se había quedado, y luego permanecieron ambos en silencio.

A medida que transcurrían los minutos, ambos iban mirando con creciente interés a la norteamericana, que, tras terminar el cigarrillo, simplemente esperaba, sin histerias, sin nerviosismo, sin preguntar nada. Simplemente, esperaba. Y la espera terminó unos veinticinco minutos más tarde. Sonó una llamada a la puerta, uno de los franceses la abrió, y se apartó.

Al ver al hombre que entró hubo un breve alzamiento de cejas por parte de Brigitte, y una levísima sonrisa. Bueno, ya estaba todo explicado: allá estaba su viejo amigo *Monsieur* Nez, actualmente uno de los más altos jefes del servicio secreto francés. Seguramente, la «detención» se había llevado a cabo bajo instrucciones suyas, y esto porque, como muchas otras veces, debía de precisar de la ayuda de la agente Baby. Quizás había pedido ayuda directamente a la Central de la CIA, y finalmente había sabido que la señorita

Montfort estaba camino de París…

Sí, el viejo amigo en cuestiones de espionaje, el hombre que cada seis meses le enviaba a Nueva York varias cajas de champaña Dom Perignon…

Ahora, *Monsieur* Nez estaba despidiendo a los dos sujetos. Lógico. Lo que tuviesen que hablar dos espías de la categoría de ellos, dos viejos amigos como ellos, no era cuenta de la Policía…

La puerta se cerró, y *Monsieur* Nez se acercó a Brigitte, que le sonrió y le tendió la mano.

—¿Cómo está, *Monsieur*?

—Bien, gracias —replicó fríamente *Monsieur* Nez, sin aceptar la mano de Brigitte—… Me he permitido encargar un pasaje para usted, para el primer avión que salga de Orly.

Brigitte quedó desconcertada.

—¿Perdón? —inquirió—. No comprendo.

—Es muy simple: su presencia no es grata en Francia, de modo que la despachamos de aquí inmediatamente. No permanecerá en suelo francés más tiempo del imprescindible.

Brigitte estaba atónita. Y de pronto, palideció.

—¿Mi presencia no es grata… *en Francia*? —murmuró.

—Lo lamento. Deberá partir cuanto antes. De todos modos y como recuerdo a mejores tiempos, puedo garantizarle que su secreto continúa bien guardado. Había órdenes de avisarme si llegaba usted a Francia, pero nadie sabe por qué, ni quién es usted cuando no es una famosa periodista.

—Es usted muy amable, *Monsieur*, pero perdone que insista: ¿me expulsa usted de Francia?

—Ya le he dicho que lo lamento.

—Lo lamenta.

—Sí.

Tenía que estar ocurriendo algo extraño, se dijo Brigitte. ¿Cómo podían atreverse a expulsarla *a ella*? No sólo su madre había sido francesa, sino que ella misma, como espía, había hecho por Francia tantas cosas y en tan diversas ocasiones que si no le habían concedido las más altas condecoraciones había sido sólo por discreción, pues el mundo entero se habría preguntado con qué motivo Francia condecoraba a la periodista norteamericana Brigitte Montfort. Así que estaba recibiendo el pago del espía: unas cuantas

botellas de champaña al año, y, en determinado momento, la expulsión del país.

¡Expulsarla a ella de Francia…!

—Veamos, *Monsieur* —murmuró—… ¿Ocurre algo… especial? ¿Puedo ayudarle en algo?

—Será suficiente con que se marche. Cuanto antes.

Brigitte *Baby* Montfort se quedó mirando al viejo amigo. Y no insistió más. Hacía algún tiempo, incluso había salvado la vida a *Monsieur* Nez. Y ahora, él la expulsaba de Francia.

Okay.

Los dos hombres regresaron unos diez minutos más tarde y tendieron un pasaje a *Monsieur* Nez, que lo miró, y torció el gesto. Lo tendió a su vez a Brigitte.

—Su pasaje para Londres, señorita Montfort.

—Mi intención es ir a Roma, no a Londres.

—No sale ningún avión a Roma hasta por la mañana. Demasiado tiempo. Lo siento, pero tendrá que irse a Londres. Seguramente podrá arreglárselas desde allí.

—Sin la menor duda. —Brigitte se puso en pie—. Puede estar seguro de que no tendré problemas en Londres, *Monsieur*.

—Mejor para usted. Adiós.

Brigitte no contestó. Salió en pos de los dos hombres, que se habían hecho cargo de su equipaje. Ni siquiera volvió a mirar a *Monsieur* Nez.

Simplemente, pocos minutos más tarde, salía en dirección a la capital británica.

* * *

En el aeropuerto londinense de Heathrow, ni siquiera tuvo la oportunidad de colocarse en cola para exhibir su pasaporte: apenas descender del avión, dos hombres se acercaron a ella.

—¿Señorita Montfort?

—Sí…

—Sea tan amable de acompañarnos… No se preocupe por las formalidades aduanales. Nosotros le solucionaremos esos detalles a su debido tiempo.

—Muy bien.

Dos minutos más tarde llegaban ante un coche detenido en un discreto lugar, cerca de un extremo del edificio central. Uno de los hombres lo señaló.

—La están esperando en aquel coche.

—Gracias.

Comenzó a caminar hacia el vehículo señalado, ante cuyo volante no vio a nadie. ¿Se podía tratar de un vehículo cargado con una bomba que la convertiría en picadillo en cuanto abriese la portezuela? Su sentido común y su instinto le decían que no. Para matarla, no hacía falta tanta espectacularidad: bastaban un par de balas en la nuca. Y para eso, ya podían haberlo hecho en Francia, si es que el asunto iba por esos derroteros.

No comprendía nada, pero sí que algo extraño estaba sucediendo.

Y todavía se convenció más de ello cuando, al abrir la portezuela derecha trasera del negro automóvil, vio al hombre que ocupaba el extremo alejado del asiento.

Sin poder evitarlo, el rostro de Brigitte se iluminó con una cariñosa sonrisa.

—¡John! —exclamó—. ¡Qué alegría verte…!

—Entra y cierra la portezuela —dijo John Pearson, no poco fríamente. Brigitte parpadeó. Luego, suspiró. Entró en el coche, quedando sentada junto a John Pearson, alias «Fantasma», uno de sus más antiguos y queridos amigos en el mundo del espionaje. Actualmente, como ocurría con *Monsieur* Nez en Francia, Pearson ocupaba un importantísimo puesto en los servicios secretos de Su Majestad, pero años atrás, cuando había estado en activo, había vivido no pocas aventuras peligrosas y emocionantes con ella… En definitiva, John Pearson era una de las pocas personas en el mundo a las que Brigitte confiaría incluso su propia vida. Y sabía que John moriría por ella si se lo pedía. Lo sabía con tanta certeza como que era de noche y estaba cansada del ya más que largo viaje entre New York y París, y luego entre París y Londres…

—Está bien, John —murmuró—: ¿qué ocurre?

—Tengo a un par de hombres intentando arreglar las cosas de modo que las molestias te resulten mínimas —dijo con frialdad John Pearson—. Incluso espero conseguirte algún vuelo a Roma, ya

que te diriges hacia allí.

—¿Nez te ha llamado desde París?

—Obviamente. Y lo mismo que respecto a él, ya sabes que puedes estar tranquila sobre mí: las cosas se han hecho con discreción absoluta, nadie se fijará en ti ni obtendrá conclusiones… aunque quizás eso ya no te preocupe demasiado.

—No te comprendo.

—Y yo no tengo muchas ganas de conversar. De todos modos tengo que hacerlo. Al menos, lo suficiente para rogarte que, en lo sucesivo, te abstengas de pisar suelo británico.

—Ya. Es decir, que me expulsas de Inglaterra.

—¿De Inglaterra? Quizá no has entendido bien: nunca más deberás pisar tierra británica, en ninguna parte del mundo.

—¿Por qué?

—No compliques las cosas. Los dos somos lo suficientemente inteligentes para comprender que es mejor llegar a este acuerdo mutuo de un modo privado.

—De acuerdo. ¿No piensas darme ninguna explicación que me sirva para comprender lo que ocurre?

—Estimada colega —deslizó de nuevo fríamente Pearson—, me consta que su inteligencia es absolutamente extraordinaria, de modo que sobra cualquier clase de explicaciones.

—De acuerdo, John.

—Perdóname. Vuelvo enseguida. Ah: ¿me permites tu pasaporte unos minutos?

Brigitte se lo entregó, en silencio. John Pearson salió del coche, y acudió al encuentro de dos hombres que se acercaban, dos hombres que Brigitte todavía no había visto antes. Estuvo mirándolos a los tres mientras conversaban. Pearson les entregó el pasaporte de ella, conversaron un poco más, y se alejaron los tres. Dejó de verlos.

Estaba despegando un reactor, y Brigitte miró hacia allí, hacia las luces parpadeantes en la neblinosa oscuridad. El reactor desapareció pronto, hacia el sur, hacia el continente. Había movimiento de personas y vehículos ante la salida del edificio central. En el aire parecía rugir todavía el silbido del formidable reactor que ya había desaparecido…

John Pearson regresó casi media hora más tarde. Se sentó a su

lado, y le devolvió el pasaporte, acompañado de un pasaje.

—He conseguido un acuerdo con Nez —dijo secamente—: te permitirá estar en Francia, en el hotel del aeropuerto de Orly, hasta las ocho y media de la mañana, hora en que sale un avión hacia Roma…

—Para eso no hacía falta que me enviase aquí, ya que yo pensaba tomar precisamente ese vuelo tras haber descansado en el hotel del aeropuerto francés, en el que tengo reservada habitación.

—¿Eso pensabas hacer? —Frunció el ceño Pearson.

—Exactamente eso.

—En tal caso, no hace falta que utilicemos este pasaje —el británico lo retiró de entre los dedos de Brigitte—, ya que tú debes de tener tu propia reserva, ¿no es así? No hay por qué malgastar el dinero: lo devolveremos. En cambio, necesitarás este otro para el vuelo Londres-París. Mmm… Me permito sugerirte que, en Orly, te limites a permanecer en el hotel desde el mismo momento en que llegues hasta que despegue tu avión por la mañana.

—¿Es una sugerencia tuya o de Nez?

—Digamos que él me ha sugerido que te lo sugiera.

—Ya.

—Tu equipaje está ya en el avión que sale dentro de unos minutos hacia Orly. Adiós.

—¿Es todo?

—Todo.

Muy bien. Espero que volveremos a vernos, John.

—No vale la pena.

Brigitte se quedó mirando a John Pearson, y, de pronto, sonrió. Eso fue todo. Se apeó del coche, se acercó a los dos hombres que esperaban para guiarla hasta el avión que despegaría dentro de pocos minutos hacia París, y murmuró:

—Cuando ustedes quieran, caballeros.

Pocos minutos más tarde, en efecto, la señorita Brigitte Montfort regresaba a París.

Es decir, sólo a su aeropuerto principal, ya que, evidentemente, no se le permitiría acercarse a la capital.

Tenía que permanecer en el hotel.

Mientras sobrevolaba el Canal de la Mancha, la espía más astuta e inteligente del mundo se dedicó a pensar. Pero le pareció que todo

aquello tenía tan poco sentido que no valía la pena molestarse, así que se relajó. Fuese lo que fuese lo que estaba ocurriendo, ella tenía que estar descansada y serena. Eran ya muchas horas de viaje, y comenzaba a sentirse cansada.

Por fortuna, podría descansar en el hotel de Orly antes de salir por la mañana en dirección a Roma.

Capítulo II

Hacia las once de la mañana, el avión que cumplía el vuelo 404 de Air France, aterrizaba en una de las pistas del aeropuerto romano Leonardo da Vinci.

Aquí, y contra lo que esperaba, la señorita Montfort no tuvo contratiempo alguno. Nadie la estaba esperando para decirle que no era persona grata en Italia, así que cumplió normalmente las formalidades aduanales, y, seguida por un empleado del aeropuerto que cargaba con sus dos maletas, salió al vestíbulo. La idea inicial había sido almorzar allí mismo, en el Leonardo da Vinci, mientras esperaba el siguiente vuelo que la llevaría finalmente a su destino, al aeropuerto de Luqa, en la isla de Malta, donde, en Villa Tartaruga, la estaba esperando Número Uno.

Sin embargo, ya más descansada y claras sus ideas, Brigitte había decidido cambiar sus planes: enviaría un telegrama a Número Uno diciéndole que le estaba esperando en el Leonardo, y que acudiese a recogerla con su avioneta. Y ello porque, evidentemente, algo extraño estaba ocurriendo, y no sería ella quien dejase las cosas tal como estaban.

Así pues, Brigitte se encaminó hacia el servicio de telégrafos del aeropuerto, siempre seguida por el mozo con sus maletas, al que, finalmente, decidió despedir tras darle una más que generosa propina.

Y fue justo cuando se disponía a pedir un impreso para el telegrama cuando la espía internacional vio al hombre que la estaba observando, a una distancia de algo más de veinte metros. El hombre desvió rápidamente la mirada, dedicándose con súbito y grandioso interés a la contemplación de sus propios zapatos. Por su parte, Brigitte se quedó mirándolo, hasta que, por fin, parpadeó, y desvió a su vez la mirada…

—*Prego, signorina?* —se ofreció un empleado de Telégrafos.

Brigitte lo miró.

—*Scusi. Io retorneró.*

Deslizó el asa de su bolso de mano hacia el pliegue del codo, de modo que pudo tener las manos libres, y agarró las dos maletas. Cuando se alejaba del mostrador miró de soslayo al hombre, que de nuevo la estaba mirando, pero con más discreción que antes. Si algo había aprendido *Baby* Montfort en su larga trayectoria como espía era a «oler» a los personajes con los que por un motivo u otro se relacionaba. Podía equivocarse, pero muy pocas veces. Y en esta ocasión estaba segurísima de que no se equivocaba: aquel hombre que la miraba era norteamericano.

Es decir, más que posiblemente un agente de la CIA, un Simón, uno de sus «muchachos». ¿Sabía que ella era Baby? ¿Quién le había informado de su llegada? ¿Por qué no se acercaba a ella, por qué se limitaba a… vigilarla?

Un par de minutos más tarde, Brigitte marcaba el número de cierto domicilio romano en uno de los teléfonos públicos. Lanzó un suspiro de alivio cuando, en Roma, la llamada fue contestada.

—¿…?

—¿Enrico? Soy la *signorina*… ¿Comprendes?

—¡…!

—Sí, sí… Bien, cálmate. Y escucha con atención: necesito en Roma o cerca del Leonardo de Vinci un apartamento, o mejor todavía una casa donde instalarme por el momento. Tiene que ser un lugar con el que no puedan relacionarte, por si las cosas se pusieran mal…

—¿…?

—Ni yo misma sé lo que ocurre. Pero necesito esa base Y también una pistola. ¿Puedes conseguirme eso? Ah, la casa debe tener teléfono, desde luego.

—Sí, espero. Pero no mucho, por favor.

Mientras esperaba, volvió a mirar de reojo hacia el hombre que ella suponía no sólo norteamericano, sino agente de la CIA. El hombre permanecía a una distancia discreta, de las llamadas «profesional», y había encendido un cigarrillo.

La azul mirada de la espía se fue desplazando lentamente por el grandioso vestíbulo del aeropuerto. No parecía que hubiese nadie más interesado en ella. Un solo agente de la CIA, que la vigilaba…

—¿…?

—Sí, dime, Enrico.

—…

—Bien… Sí, bien, perfecto. Muchas gracias, Enrico.

—¿…?

—No. Ni se te ocurra acercarte por ese lugar. Volveré a llamarte si te necesito. Mientras tanto, intenta conseguir contacto con la persona que tú sabes, y dile lo que está ocurriendo, *va bene?*

—¡…!

—*Ciao, Enrico!*

Colgó, mirando de nuevo de reojo al hombre, que se había apresurado a desviar la mirada al ver su gesto de colgar. Agarró de nuevo las dos maletas, y se dirigió hacia la salida del aeropuerto. Tomó un taxi, y, mientras le daba al conductor una dirección de Roma, vio al hombre corriendo, alejándose… Naturalmente, iba a por su coche, para continuar siguiéndola. El taxi partió, y durante tres o cuatro minutos Brigitte no pudo ver ningún coche que lo siguiera. Pero pronto apareció el Fiat 131 de color crema, que tras colocarse a cierta distancia del taxi, la mantuvo así en la veloz marcha por la autopista hacia la capital romana.

Brigitte había dejado ya incluso de sentirse irritada por no entender nada de nada. Alguien estaba jugando a algo, y aunque por norma precautoria nunca le había gustado seguir el juego a los demás sino mover ella los hilos de la trama, comprendió que en esta ocasión no podía ser…, por el momento.

Por el momento solamente, ya que si alguien creía que iba a poder jugar con Baby, estaba listo.

Eran exactamente las doce de la mañana cuando el taxi se detenía en el lugar indicado por Brigitte. Detrás del taxi, el coche ocupado por el sujeto del aeropuerto. Así que era una tontería recorrer a pie la distancia hasta el verdadero destino, ya que no había conseguido despistarlo. Dio al taxista la dirección auténtica, y sólo medio minuto más tarde el taxi volvía a detenerse.

Todavía sin apearse, Brigitte echó un vistazo al edificio sito en Vía Argonauti, cerca del cruce con Via Ostiense. Constaba de dos plantas, y en la superior se veían unos bellos balcones. Era una casa antigua, bastante regia, elegante… El taxista se dispuso a ayudar a la «bellísima signorina» con las maletas, pero ella rechazó

simpáticamente la ayuda, pagó, añadiendo una propina generosa, como era norma en ella, y se apeó. Cargada con las dos maletas, llegó ante la puerta de la casa, sin temer ni por un instante que fuesen a disparar contra ella. No, el asunto no iba por esos derroteros.

Empujó la gran puerta de la casa, que cedió enseguida, pues Enrico, tal como le había dicho, la había dejado abierta. Entró, y se dio cuenta en el acto de que su primera impresión al ver la casa desde la calle había sido acertada: hacía tiempo que nadie vivía allí.

Cerró la puerta, encendió la luz, pues todas las ventanas estaban cerradas, y, lo primero que vio, en el suelo, a corta distancia de sus pies, fue el portafolios. Lo tomó, lo abrió, y sonrió al ver su contenido: una pistola automática, un silenciador, dos cargadores de repuesto, una navaja, y dos granadas de mano. Casi se echó a reír…, pero se aseguró rápidamente de que la pistola estaba en condiciones; al menos aparentemente.

Entró en el salón, dejó las maletas junto a la puerta, y miró el teléfono, cubierto de polvo.

Muy bien. ¿Y ahora?

Salió al vestíbulo, y emprendió la ascensión de la amplia escalinata. Todo sonaba a vacío. Por un momento, pensó que quizás ella misma se había metido en una ratonera, pero sonrió fríamente al pensar que quien quisiera cazar a aquella ratita llamada Baby podía pasarlo muy mal.

Arriba todo eran dormitorios, y cuatro cuartos de baño. Había polvo hasta en las bañeras.

Se acercó al balcón de uno de los dormitorios, y abrió lo justo uno de los porticotes, para mirar hacia la calle. Había calculado con toda exactitud: más allá estaba el Fiat 131, y al volante distinguió la forma del hombre.

—No escarmiento nunca —dijo en voz alta Brigitte—: tengo que llevar siempre mi maletín, siempre, siempre, siempre. Si lo hubiera traído, ahora podría utilizar la radio con onda de Roma para preguntarle a Simón-Roma qué está ocurriendo. Por cierto, el hombre que me ha seguido, sea o no un Simón, debe de haber comunicado con alguien con su radio de bolsillo, es decir, que más personas saben ya que Brigitte Montfort está en Roma. Brigitte Montfort o Baby… ¿Saben que Brigitte Montfort es Baby?

Echó otra mirada hacia el Fiat 131. Todo seguía igual.

—Voy a llamar a Enrico para preguntarle si ha conseguido comunicar con Uno.

Sus palabras resonaban en la casa de un modo hueco, triste. Salió del dormitorio, pensando que si Enrico había advertido ya a Número Uno, éste debía de estar en aquellos momentos quizá despegando ya de Malta. En cierto modo, la jugada comenzó a divertirla: fuese quien fuese que la estuviese dirigiendo se iba a enfrentar ni más ni menos que a Baby… y a Número Uno. Mal negocio.

Comenzó a descender la escalinata. Desde el salón, situado a la derecha de la escalinata, llegaba abundante luz, eléctrica. Y a esa luz, cuando Brigitte estaba a mitad del descenso, vio aparecer a la mujer.

Se detuvo en seco. La mujer también se detuvo, con un gesto elegante. Era elegante su gesto incluso alzando la pistola provista de silenciador y apuntando firmísimamente a Brigitte.

—Ponga las manos sobre la cabeza y siga bajando —dijo la mujer, en inglés.

Brigitte parpadeó. Había dejado la puerta abierta para sorprender a quien quisiera entrar, y había resultado ella la sorprendida. Pero había algo más que tenía sorprendida a la divina espía internacional. Mucho más… La mujer era alta, de cuerpo espléndido, vestida con sobria elegancia. Le calculó unos treinta años. Era rubia, largos los cabellos, y sus ojos eran grandes, de mirada inteligente, serena. Era tan hermosa que casi podía competir con Brigitte Montfort. Y en la mano izquierda sostenía un maletín rojo con florecillas azules estampadas.

—¿No me ha oído? —inquirió la rubia, con voz neutra.

—Sí —musitó Brigitte.

—¿Y…?

Brigitte puso las manos sobre la cabeza, y continuó bajando. La mujer iba retrocediendo, siempre manteniéndola a distancia. Al llegar Brigitte abajo, la otra señaló con la pistola la doble puerta del salón, y Brigitte se encaminó hacia allí. Entraron, una tras otra. Brigitte se volvió. Vio sus maletas, y junto a éstas, el portafolios con la pistola y las demás cosas.

Cuando volvió a mirar a la mujer, ésta sonrió.

—No lo sé.
La otra ladeó la cabeza.
—Usted llamó por teléfono desde el aeropuerto. ¿A quién?
—A un amigo.
—¿Ha sido él quien le ha proporcionado esta casa?
—Sí. Pero no es de él, ni sé de quién es.
—¿Quién es su amigo? ¿Cuál es su número de teléfono?
Brigitte *Baby* Montfort frunció el ceño. Luego, sonrió despectivamente.
—¿Y usted quién es? —preguntó a su vez, dirigiendo una mirada al maletín rojo con florecillas azules de la rubia.
—La agente Baby, de la CIA.
—Ah —murmuró Brigitte Montfort.
—¿O no lo cree?
—¿Por qué no habría de creerlo? —se sorprendió la divina espía—. Si usted lo dice, será verdad.
—¿Y usted? ¿Quién es usted?
—Estoy segura de que ya lo sabe. Es de suponer que se enteró de ello en el aeropuerto. ¿O no estaba usted allí?
—Estaba allí, pero no puedo hacer varias cosas a la vez. No tuve oportunidad de enterarme de su nombre.
—¿Entonces, no sabe quién soy, realmente?
—No… Todavía no.
—Pero si no sabe quién soy… ¿cuál es su interés por mí? ¿Por qué me ha seguido?
—No la he seguido a usted, sino al hombre que la seguía a usted.
—Pero usted me estaba esperando en el aeropuerto, ¿no?
—Vigilaba al hombre, eso es todo.
—¿Y por qué lo vigilaba? ¿Quién es él?
—Yo haré las preguntas —dijo secamente la rubia—. Y la primera es sobre usted: quiero saber su nombre.
—De acuerdo. Me llamo Lili Connors.
—Lili Connors… Bien. ¿Dónde reside?
—En Chicago.
—¿A qué ha venido a Roma?
—Estoy de paso… ¿Puedo bajar los brazos? Me duelen.
—¡No se mueva! —La rubia la apuntó con más vehemencia—.

¡No se mueva, no haga absolutamente nada!

—¿Qué le pasa? ¿Acaso me tiene miedo? Soy yo quien debería tenerlo, ¿no le parece? ¡Nada menos que me está controlando la famosa y peligrosísima agente Baby de la CIA!

—Se lo advierto —murmuró—: sólo con que mueva una pestaña dispararé a matar.

—No se ponga nerviosa —sonrió Brigitte Montfort—. Todo está a su favor, Baby.

La mirada de la rubia era fija, alerta. Hizo un movimiento de cabeza hacia las maletas y el portafolios.

—¿Ese es todo su equipaje?

—Sí.

—¿Seguro? ¿No lleva nada más?

—Nada más. El portafolios lo encontré aquí.

—Siéntese en ese sillón, pero mantenga siempre las manos sobre la cabeza.

Brigitte obedeció, entrelazando los dedos, pues era cierto que comenzaba a sentir cansados los brazos.

—¿Estamos esperando a alguien? —preguntó.

—Quédese quieta ahí. Ahora que la tengo controlada voy a echar un vistazo a sus cosas. ¿El pasaporte está en una maleta?

—En la pequeña.

—Veremos si realmente se llama usted Lili Connors. Si me ha mentido, lo va a pasar mal, así que será mejor para usted que se sincere ahora.

—No le he mentido —sonrió Brigitte.

La rubia se acercó a las maletas, contemplada irónicamente por Brigitte, que sabía ya que su antagonista estaba terriblemente asustada, o, por lo menos, impresionada. ¿Y ello por qué? Pues, por la sencilla razón de que temía hallarse ante la verdadera Baby, de la que, básicamente, le interesaba conocer su verdadera personalidad. Ésa era la clave de la situación: la rubia quería saber cómo se llamaba la mujer que había llegado a Roma hacía pocos minutos. Es decir, quería saber cuál era el verdadero nombre de la agente Baby. Y lo iba a saber, evidentemente.

¿Qué haría luego?

Nada mejor para saberlo que esperar.

La rubia empujó la maleta pequeña con un pie, separándola de

la otra. La tumbó de un puntapié, y bajó un instante la mirada.

—¿Y las llaves? —inquirió.

—Está abierta. Cuando guardé el pasaporte después de presentarlo, ya no la cerré con llave.

—No se mueva.

—No me muevo —sonrió Brigitte.

—Quieta ahí.

—Estoy quieta aquí.

La rubia se arrodilló, dejó el maletín a un lado, alzó la tapa de la maleta, a tientas, y miró rápidamente. En efecto, el pasaporte estaba encima de la ropa. Lo agarró con la mano izquierda y lo abrió sin mirarlo. Otro rápido vistazo, que le sirvió para ver la fotografía de Brigitte Montfort. De nuevo otro rápido vistazo…, y acto seguido su mirada quedó fija en Brigitte, fría, tensa.

—Brigitte Bierrenbach Montfort —dijo con tono áspero—… No se parece mucho a Lili Connors, ¿verdad?

—Debo de haberme equivocado —sonrió una vez más Brigitte—: me pasa con frecuencia.

La rubia tragó saliva. Dejó el pasaporte de Brigitte, bajó la tapa de la maleta, y buscó a tientas el maletín rojo con florecillas azules. Lo encontró, lo abrió, y sacó una pequeña radio, cuyo botón de llamada apretó.

—¿Sí? —Se oyó una voz de hombre.

—He conseguido entrar en la casa, y tengo a la mujer. Ha dicho llamarse Lili Connors, pero acabo de ver su pasaporte, y el nombre que consta en éste es Br… ¡Quieta!

La sobresaltada orden iba dirigida, naturalmente, a Brigitte, la que, por otra parte, no pensaba en modo alguno obedecerla, ya que para eso no habría iniciado su acción de ataque… Una acción que no sólo sobresaltó y alarmó a la rubia, sino que la sorprendió grandemente por su inesperado desarrollo. Contra lo que cabía esperar, la prisionera no saltó desde el sillón hacia delante para atacar directamente a la rubia, sino que se empujó con fuerza hacia atrás, de modo que volcó el sillón y ella cayó al otro lado…

Por un instante, la rubia todavía no comprendió. Sólo vio que su prisionera había saltado hacia atrás, que había caído tras el sillón, y que si quería atacarla pronto tendría que salir de detrás del volcado mueble, con lo que quedaría bajo su línea de tiro…

Lanzó una exclamación cuando Brigitte no salió de detrás del sillón, sino que empujó éste con fuerza hacia ella. Muy abiertos los ojos, arrodillada, con la pequeña radio en la mano izquierda y la pistola con silenciador en la derecha, la rubia vio avanzar hacia ella el sólido sillón, tras el cual no acertaba a ver más que algo de ropa o algunos cabellos de Brigitte. Por la radio se oía la voz del hombre diciendo algo, pero ninguna de las dos mujeres en liza le escuchaba.

Una, porque sólo pensaba en llevar a feliz término su acción de ataque. La otra porque, viendo acercarse el sillón velozmente hacia ella, utilizado como un pequeño carro de combate protegiendo tropas de infantería, perdió de pronto la serenidad, y comenzó a disparar contra el mueble.

Plop, plop, plop…

La tela fue perforada, saltó alguna astilla bajo los sordos impactos…, y el sillón llegó, fuertemente empujado, hasta la falsa Baby, golpeándola fuertemente, arrollándola, empujándola hacia atrás…, mientras el cuerpo de Brigitte Montfort aparecía por encima de pronto, y caía sobre la rubia arrollada, como una gata sobre un ratoncito.

La mano izquierda de Brigitte sujetó inmediatamente la muñeca derecha de la rubia, y apartó el brazo, de modo que cuando, desesperada, la rubia volvió a disparar, las balas fueron primero hacia el techo y luego hacia la pared…, hasta que, tras golpear la mano contra el suelo varias veces, Brigitte consiguió que la pistola saltara de entre los crispados dedos de su antagonista, que contemplaba con ojos desorbitados el crispado rostro de la espía internacional, hacia el que, reaccionando de pronto, lanzó un feroz zarpazo con la mano izquierda.

Las uñas llegaron a rozar un pómulo de Brigitte, que respingó, y alzó su mano derecha, de canto, dispuesta a golpear en la cabeza a la rubia. Ésta giró de pronto hacia un lado, y Brigitte cayó de costado, soltando el brazo derecho de su enemiga, que con otro gesto veloz y hábil pasó ahora a quedar sobre el vientre de Brigitte.

En esta postura, se echó hacia delante, aplastando con su pecho el rostro de Brigitte, apretando su cabeza contra el suelo, mientras se estiraba para recuperar la pistola…

En el mismo momento en que sus dedos recuperaban el arma, la rubia recibía en el costado izquierdo un tremendo golpe de karate,

que le rompió dos costillas y le hizo lanzar un aullido de dolor.

Se sentó de nuevo completamente sobre el vientre de Brigitte, bajó la pistola para apuntarle al rostro…, y de nuevo la mano izquierda de la espía internacional la agarró por la muñeca. La rubia se puso histérica: comenzó a gritar, y con la mano izquierda intentó arrancarle los ojos a Brigitte, que giró, hizo rodar a la rubia siempre sujetando su mano armada, y finalmente, pasó a su espalda.

Su brazo izquierdo rodeó, llegando por detrás, la garganta de la rubia.

—Suelta… la pistola —jadeó—… ¡Suéltala o te mato!

—¡Walter! —aulló la rubia—. ¡Walter, avisa a Xox, dile que Brig…! Ya no dijo nada más.

Un ronco gemido brotó de su garganta cuando el brazo izquierdo de Brigitte apretó fuertemente, mientras la mano derecha seguía sujetando la de la rubia con la pistola…, que todavía pudo disparar una vez más.

Pero eso fue todo.

Brigitte *Baby* Montfort continuó apretando, sin piedad alguna. Se había tendido de espaldas, y ahora tenía a la rubia sobre su cuerpo, de cara al techo, manoteando, esforzándose inútilmente en liberarse de la terrible presa de estrangulación, que le iba arrancando gemidos y ronquidos…, y llevándose su vida.

Su vida a cambio de la de Brigitte Montfort, que sabía que si se descuidaba un instante, si tenía el menor asomo de piedad, aquella mujer que había dicho ser Baby gritaría que la mujer que la estaba matando era Brigitte Montfort.

Y si este nombre llegaba a oídos del llamado Walter, o del tal Xox, la vida de Brigitte Montfort tendría un muy corto futuro…

—AAagrrfff… —Rugía la rubia, cuyo rostro estaba rojo, y cuyos ojos parecían a punto de reventar como granos de uva…

Brigitte Montfort apretó los dientes, y su brazo izquierdo aumentó la potencia de la tracción…

Segundos después, supo que tenía sobre su cuerpo un cadáver.

Capítulo III

Giró hacia la derecha, empujando el cuerpo caliente de la rubia, y quedó tendida boca abajo, respirando fatigosamente. Eso era todo lo que se oía: el fatigado respirar de *Baby* Montfort, que había apoyado la frente en un antebrazo.

Pero de pronto, de la pequeña radio brotó la voz del hombre llamado Walter:

—¿Sonia? ¿Me oyes? ¡Sonia!

Brigitte ladeó la cabeza, y se quedó mirando la radio, que estaba a poco más de un metro de distancia. Luego, miró a Sonia, que había quedado boca arriba. Vio su perfil crispado, la boca desencajada, el ojo derecho, saltón, reluciente…

—¡Sonia!

De nuevo miró Brigitte hacia la radio. Se colocó de rodillas, apoyó las manos en el suelo, y se desplazó hacia delante. Tomó la radio, y la acercó a su boca.

—Sonia está muerta —susurró—. Díganme dónde quieren que les envíe su cadáver.

Clic, se oyó el corte del contacto. Brigitte miró la radio, sonrió torcidamente, y la dejó a un lado. Se sentó, cruzó las piernas, y estuvo respirando controladamente un par de minutos. Bien, todo había pasado.

Pasó las manos por el cuerpo de la rubia, pero no encontró nada. Todo cuanto la tal Sonia pudiese necesitar, evidentemente debía de llevarlo en el maletín rojo con florecillas azules. Mal asunto. En el futuro tendría que prescindir del maletín con esas características, pues era ya excesivamente conocido. La pregunta era: ¿conocían también el contenido del maletín de Baby?

Comenzó a sacar cosas. Había dinero americano, objetos de tocador, una pequeña cámara fotográfica, peine, cepillo para el cabello, un par de pasaportes, uno a nombre de Sonia Hertmann y

otro a nombre de Marcelle Desnier, alemana y francesa respectivamente.

Hasta el momento, todo era una burda imitación del auténtico contenido del maletín de Brigitte Montfort. Burdo en cuanto a los objetos, pero no a éstos en sí, que eran todos de primera calidad. Había incluso un doble fondo en el maletín. Y allí, en aquel doble fondo, había otro pasaporte, éste norteamericano, a nombre de Mary Ann Cooper, y en el que se veía la fotografía de la muchacha rubia, naturalmente. Y por último, muy bien colocadas en sendas bolsas de plástico, dos pelucas de cabello natural, una pelirroja y otra castaña.

Ninguna de cabellos negros; esto hizo sonreír desdeñosamente a Brigitte.

—Bueno —dijo en voz alta—, ¡mira por dónde resulta que voy a disponer de un maletín! Poca cosa, pero algo es algo: al menos tengo radio, pasaportes, pelucas… La radio es lo más importante, me parece.

Podía intentar variar la onda establecida entre Walter y Sonia y llamar a Simón-Roma. Sí, podía intentarlo. Pero había algo que de pronto se le apareció como mucho más urgente. Tenía que marcharse de allí, so pena de correr el riesgo de que Walter y alguien más acudieran a la casa y todavía pudieran acorralarla.

Tenía que marcharse, y a toda prisa.

Pero no podía hacerlo cargada con dos maletas, así que el dilema era considerable. Y dejar las dos maletas allí no le parecía precisamente una buena idea, ya que eran ropas compradas en la Quinta Avenida de Nueva York, y… No, no podía dejarlas: podían ser una pista demasiado buena para llegar hasta la señorita Montfort. Mas… ¿cómo llevárselas?

—Pues muy sencillo —dijo de nuevo en voz alta—: Simón tendrá que ayudarme. ¡Vamos a dejarnos ya de tonterías!

Cerró bien las maletas, dejó junto a éstas el portafolios facilitado por Enrico tras pasar su contenido al maletín rojo con florecillas azules, y, tras una última mirada al cadáver de la falsa Baby, salió del salón, y segundos después de la casa.

El Fiat 131 continuaba en el mismo sitio.

Sonriendo ceñudamente, Brigitte se encaminó hacia allí, no sin echar precavidas miradas hacia todos lados. No vio nada que le

pareciera inquietante, y así, llegó junto al Fiat 131, cuya portezuela delantera izquierda abrió con rápido tirón, y se inclinó para mirar al hombre del aeropuerto.

—Simón, tendrá que…

Estaba muerto.

Podía o no podía ser un agente de la CIA, pero lo segurísimo era que estaba muerto. Tenía un pequeño y requemado orificio en la sien izquierda, del que manaba un delgado hilillo de sangre oscura. Brigitte palideció, intensamente. Se quedó mirando el inerte rostro del hombre del aeropuerto, la herida…

Por la acera pasaban peatones, y varios coches por la calzada. Nadie se enteraba de nada. Sólo ella, inclinada hacia el hombre, cuya cabeza caía flojamente sobre el pecho.

Brigitte aspiró profundamente, reaccionó. Deslizó una mano bajo la chaqueta del hombre. Notó en la axila izquierda la presencia de la pistola. En el bolsillo interior del lado derecho encontró la pequeña radio aplanada, y la billetera. Abrió ésta. El hombre se llamaba Jeffrey Davies. Americano.

Mala suerte.

Aunque idéntica mala suerte había tenido su asesina: también había pasado a supuesta mejor vida. Brigitte estaba segura de que había sido Sonia quien había matado a Jeffrey Davies, naturalmente. Si algún remordimiento había tenido por haberla estrangulado, se esfumaron. Bien muerta estaba.

Se aseguró de que nadie la miraba en el momento en que empujó a Jeffrey hacia el otro asiento. Se inclinó sobre él, abrió la portezuela del otro lado, y fue allí. Desde la calzada, tiró del cadáver hacia aquel asiento, y consiguió dejarlo sentado. Ahora todavía era más difícil que alguien pudiera ver desde el exterior la herida que tenía en la sien izquierda. Utilizó el cinturón de seguridad para dejar fijo al asiento a Davies, cerró la portezuela, y pasó al asiento delantero, donde había dejado el maletín de Sonia, que colocó sobre las rodillas del cadáver.

Se sentó ante el volante, dio el encendido, y arrancó.

Conduciendo lentamente con una mano, utilizó la otra para accionar la pequeña radio de Jeffrey Davies. En el acto, recibió respuesta.

—Sí, ¿qué hay?

Brigitte aspiró hondo, y musitó:

—Jeffrey ha muerto. Lo tengo a mi lado, en su propio coche. Dígame adónde puedo llevarlo.

Hubo un breve silencio. Muy breve, pero suficiente para que, en tan corto espacio de tiempo, Brigitte reparase de pronto en algo que antes le había pasado inadvertido: la herida en la sien que había matado a Davies, al que miró de pronto. Sí, era una herida pequeña; tanto, que la bala se había alojado en la cabeza, en lugar de salir, destrozándola por el lado opuesto a la herida. Y ciertamente, la pistola de Sonia no habría causado tales destrozos. Así pues, no había sido Sonia quien había matado a Jeffrey Davies, sino otra persona que había utilizado una pistola de calibre muy inferior, que disparaba balas pequeñas…, tan pequeñas como la pistolita de cachas de madreperla que habitualmente utilizaba la verdadera Baby…

—¿Quién es usted? —Estaba preguntando por fin el comunicante de Brigitte.

—Baby. Y sospecho que usted lo sabe perfectamente, ya que Davies tuvo que informarle, utilizando esta misma radio, de mi llegada al Leonardo de Vinci, del mismo modo que ha debido de informarle de mi traslado a Roma, mi entrada en la casa de la Via Argonauti, etcétera. ¿Correcto?

—No sé de qué está hablando.

—¿No es usted Simón-Roma?

Hubo otro breve silencio. Pero como fondo, el finísimo oído de la espía internacional captó en la pequeña radio un par de maldiciones, y hasta el tono de otra voz de hombre.

Sonrió secamente.

—Escuche —dijo sin esperar la respuesta—, yo no tengo tiempo que perder, ni pienso estar dando vueltas por Roma con un cadáver sentado a mi lado.

—¿Quién ha matado a Jeffrey?

—De momento pensé que había sido una mujer que me sorprendió en la casa de Via Argonauti, llamada Sonia, pero acabo de llegar a la conclusión de que no ha podido ser ella. Así que muy posiblemente —Brigitte miraba fijamente ahora el espejo retrovisor— ha sido la persona que me está siguiendo ahora en un Volvo azul.

—Es decir, que no ha sido usted quien lo ha matado.

—¿A Jeffrey Davies? —exclamó Brigitte—. ¡Claro que no! ¿Qué tonterías está diciendo, Simón?

—No he aceptado ser Simón.

—Oiga, ¿qué le pasa? —inquirió acremente Baby—. ¡Estoy paseando por Roma con el cadáver de uno de nuestros compañeros, me están siguiendo, le digo que soy Baby y que necesito ayuda, y…!

—No es usted bien venida a Roma.

—¿Qué? —Palideció Brigitte—. ¿Qué dice usted?

—Que no es grato para nosotros relacionarnos con usted.

—¿Está loco? Mire, no me gusta imponerme, pero no me deja usted otra alternativa, así que escuche atentamente: acabo de llegar a Roma, y por tanto, automáticamente, tengo el mando de la CIA en toda la zona, de modo que queda usted a mis órdenes. Pues bien, escuche mis órdenes…

—No se moleste. Voy a cortar el contacto, y acto seguido ordenaré un cambio de onda en todos nuestros sistemas de comunicación, por lo que será inútil que intente nuevo contacto. Esto es todo.

El asombro, y una irreprimible ira que, sumados, no eran más que desconcierto, dejaron muda a Brigitte. Supo que Simón-Roma había cerrado su radio, en efecto, y se quedó sin saber qué hacer.

Dejó la radio de pronto, y dedicó toda su atención al retrovisor.

El coche Volvo azul seguía tras ella, manteniendo hábilmente la distancia, lo que no era nada fácil en una ciudad como Roma. Brigitte redujo todavía más la marcha, sorprendiendo al otro conductor, que por unos segundos quedó demasiado cerca. Lo suficiente para que, a través del cristal parabrisas, Brigitte pudiera ver el bello rostro femenino. Una mujer joven, hermosa, elegante…

De súbito, Brigitte tuvo la impresión de que su cerebro acababa de llenarse de luz reveladora. Otra mujer: es decir, otra Baby falsa, como Sonia.

En un instante, le pareció que todo quedaba aclarado, incluso la actitud de *Monsieur* Nez y la de John Pearson…

¿Cuántas Baby había deambulando por Europa, y haciendo, sin duda, auténticas atrocidades?

Pero… ¿cómo había podido John creer eso de ella, cómo había podido creerlo *Monsieur* Nez, ambos viejos y queridos amigos?

La respuesta era tan simple, que Brigitte no pudo evitar una seca

sonrisa.

—De acuerdo —dijo en voz alta—: seguiremos el juego.

Estaba llegando a Piazzale Ostiense, y, desde luego, el Volvo continuaba tras ella. ¿Qué iba pensando la mujer que conducía el Volvo? Si se utilizaba la lógica, la respuesta sólo podía ser una: la mujer del Volvo sabía ya que si ella había salido de la casa de Via Argonauti era porque Sonia había quedado fuera de combate así que seguía ahora a la vencedora del choque, para saber adónde iba, con quién se reunía, qué hacía… Más aún: con seguridad, la mujer del Volvo había escuchado la conversación por radio entre Sonia y el tal Walter, y luego, la información de ella a Walter de que Sonia había muerto. Así las cosas, podía haberla esperado a ella y matarla al salir de la casa, ya que no podía inquietarla Davies, a quien ella misma había matado antes para que no molestara a Sonia cuando se disponía ésta a entrar en la casa.

Pero no, no la había esperado para matarla, sino que prefería seguirla. Del mismo modo que tampoco Sonia había tenido intenciones de matarla y sólo disparó cuando se vio en peligro. Por lo tanto, se llegaba a otra conclusión lógica: no querían matar a la auténtica Baby, sino saber quién era. Esto no habían podido averiguarlo en el aeropuerto, con las prisas. Luego, lo había sabido Sonia al ver el pasaporte de Brigitte Montfort. Pero Sonia no diría ya nada.

En cuanto a la mujer del Volvo, todo lo que sabía era que, al parecer, la auténtica Baby era una mujer llegada aquella mañana procedente de París, una mujer joven, bellísima, de cabellos negros suavemente ondulados, de grandes ojos azules, elegante…

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Brigitte. Si la mujer del Volvo tenía ocasión de dictar su rostro a un dibujante especializado, obtendrían poco menos que una fotografía del rostro de Brigitte Montfort, Con esta fotografía, y sabiendo en qué vuelo había llegado procedente de París, y consiguiendo una lista de los pasajeros de este vuelo, pronto sabrían que la hermosa mujer de ojos azules era la periodista norteamericana Brigitte Montfort.

—Lo siento por ti —susurró Brigitte, mirando de nuevo el retrovisor—: tienes que morir, jovencita.

Había cruzado ya Piazzale Ostiense. Giró a la izquierda y luego a la derecha. Por allí había mucho menos tráfico; eran calles estrechas

y cortas. Ahora estaba en… en Via Icialia. Al llegar a la siguiente esquina, volvió a girar, vio el portal a su derecha, y no titubeó ni un segundo. Detuvo el coche, saltó de él a toda prisa, y corrió hacia aquel portal, llevando el maletín rojo con florecillas azules.

A los pocos segundos, escondida en el portal, vio aparecer el morro del Volvo, y se echó hacia atrás. Oyó el seco frenazo, y se imaginó la sorpresa de la mujer al ver allí el Fiat 131 con el cadáver. Se arrodilló, abrió el maletín, y sacó la peluca de rojos cabellos, que se colocó rápidamente, con su habilidad fruto de la larga práctica… Estaba cerrando el maletín cuando oyó la arrancada del Volvo, el rechinar de los neumáticos. La conductora temía una emboscada, y se apresuraba a escapar.

Perfecto.

Vio pasar el Volvo. Esperó cinco o seis segundos, y se asomó. El Volvo estaba bajando hacia Via Gelsomini, es decir, que regresaba a Piazzale Ostiense. Muy bien. Volvió al Fiat 131, se sentó de nuevo al volante, y partió en pos del Volvo. Se habían cambiado las tornas. De perseguida, se había convertido en perseguidora. Si la mujer del Volvo se daba cuenta, peor para ella porque entonces ya no tendría objeto permitirle continuar viviendo.

Apretados los sonrosados labios, fría la expresión de sus bellísimos ojos, la agente Baby localizó pronto al Volvo en Piazzale Ostiense. Ya sólo se trataba de demostrarse a sí misma que la auténtica Baby era siempre mejor en todo que cualquier imitadora.

Si esto era así, no debería tener grandes dificultades en seguir a la mujer del Volvo hasta su destino.

* * *

El Volvo se detuvo por fin, y la mujer que lo conducía miró el retrovisor, hizo un gesto de alivio, y apagó el motor. Agarró el maletín rojo con florecillas azules que llevaba en el asiento contiguo, se apeó, y se dirigió hacia la entrada del viejo taller de reparaciones de motos que, evidentemente, no estaba en servicio. Había cristales rotos en las ventanas, polvo en todas partes, la puerta estaba agrietada…

Pero funcionaba. Se abrió casi en el acto cuando la mujer del Volvo llamó. Un hombre alto, rubio, de cabeza cuadrada, ojos

claros y fríos, miró hoscamente a la recién llegada.

—Pasa —se apartó—. Y te advierto que Walter está furioso.

—Ya os he dicho por la radio que no he podido hacer más de lo que he hecho. Ella dejó abandonado el coche y escapó.

—Bueno, querida Sigrid, eso díselo a Walter… en persona.

La pieza de entrada había sido antes taller; había bancos de trabajo, herramientas, podridas ruedas de Vespa. El suelo estaba sucio de grasa que se había endurecido. Dejaron atrás esta pieza, y entraron en otra, menos grande, pero algo más habitable. De todos modos, allí sólo había algunos viejos muebles y una cocina que funcionaba con gas butano. A un lado se veía el hueco de otra puerta, que daba a un corredor que distribuía algunas habitaciones y a cuyo fondo había otra puerta que daba a un patio…

El hombre que estaba sentado a una vieja silla se quedó mirando a Sigrid fijamente, y ésta sintió como si un dedo helado se deslizase desde su nuca hasta sus nalgas.

—Ya os he dicho por radio lo que ha pasado, Walter —insistió con voz aguda Sigrid.

Walter asintió.

Era un hombre menudo, delgado, casi esquelético. No debía de pesar más de cuarenta y cinco kilos. Vestía bien, con discreción. Lo más notable en él eran sus manos, grandes y blancas, y su cabeza, de barbilla estrecha y frente muy amplia y abombada; era un rostro en forma de triángulo, en el que destacaban dos diminutos ojos negrísimos fríos como la muerte. La boca era apenas una diminuta raya sobre la frágil barbilla.

—Me pregunto —susurró Walter— cómo Xox pudo tener en algún momento la esperanza de que vosotras funcionaseis bien: mata a Sonia y te burla a ti. Y todo ello sin que hayáis tenido siquiera la posibilidad de averiguar su nombre.

—Sabemos que empieza por B —dijo el gigante de cabeza cuadrada.

—¿Sí, Hans? —Lo miró Walter—. ¿Y eso qué?

—Bueno, no debe de haber muchas personas cuyo nombre empiece por B en la lista de pasajeros…

—Y yo puedo dictar su rostro —dijo Sigrid.

Walter iba mirando de uno a otra. Hizo un gesto como de resignación.

—Seguramente, no volveremos a tener una oportunidad tan clara como ésta de acercarnos a la agente Baby. Llevamos mucho tiempo vigilando a los agentes de la CIA conocidos que son destacados en servicio de control en los aeropuertos… Eso ha costado tiempo y dinero. De pronto, se extiende la noticia de que quizá Baby llegue a Roma, así que tú y Sonia os centráis en el agente de la CIA que estaba en el Leonardo da Vinci. Lo veis seguir a una mujer recién llegada, y vosotras los seguís a ambos… Y cuando parece que todo está a nuestro favor, cuando todo lo que tenéis que hacer es esperar que nosotros lleguemos a esa casa de Via Argonauti para hacernos cargo de esa mujer cuyo nombre empieza por B, Sonia falla, y acto seguido fallas tú.

—Se dio cuenta de que la seguía —refunfuñó Sigrid.

—Está bien. Vamos a tomarlo con calma, ya que no tiene remedio. Pero, al menos, sabemos que Baby está en Roma, de modo que habrá que llevar a cabo la gran acción definitiva. Ya he llamado por teléfono, todo está dispuesto. Lo único que me tiene inquieto es que Sonia haya quedado en aquella casa.

—Nadie obtiene nada de los muertos —dijo Hans.

—No. Pero sí se pueden obtener conclusiones examinando sus pertenencias. Y tengo la certeza de que los de la CIA irán a la casa de la Via Argonauti. O sea, que si la CIA, como es lógico, llega a la conclusión natural al ver las cosas de Sonia, comprenderán la jugada…, y la comunicarán a otros servicios secretos.

—Bueno, ¿y qué? —desdeñó Hans—. No les creerán. ¿Qué habría de decir la CIA, sino defender a Baby? No les creerán…, sobre todo después de la gran acción.

—Todo iba bien —gruñó Walter—, y de pronto, en sólo unos pocos minutos, se desmorona el tinglado. ¡Y eso tan sólo porque una mujer cuyo nombre empieza por B acaba de llegar a Roma! Desde luego, el informe que tendré que presentarle a Xox no va a gustarle nada.

—¿Y quién es Xox? —preguntó una voz nueva en la reunión.

El respingo fue triple, al tiempo que tres cabezas se volvían hacia la puerta del pasillo; el sobresalto de Walter le impulsó a ponerse en pie de un salto.

Los tres se quedaron mirando incrédulamente a la hermosa pelirroja de grandes ojos azules que, en el umbral, parecía capaz de

dominar toda la habitación…, sin duda por la seguridad que le proporcionaba la pistola provista de silenciador que empuñaba.

—¿Nadie contesta? —sonrió la pelirroja con una frialdad escalofriante—. Sólo he hecho una sencilla pregunta: ¿quién es Xox? La verdad es que jamás antes he oído este nombre, ni me parece que sea un apellido. ¿Es alguna sigla clave? —La azul mirada se desvió hacia la pálida Sigrid—. Hola, Baby. Porque usted es la agente Baby de la CIA, ¿verdad, querida? Aunque… ¡es curioso! Precisamente no hace mucho acabo de matar a la agente Baby… ¿No les parece curioso? Mato a una, y aparece otra. Desde luego, esto no querrán creerlo en Moscú.

—¿En Moscú? —exclamó Walter.

—Naturalmente. Parece que ha habido una terrible confusión en todo esto, señores. Mi nombre es Galina Cherkova, agente de la MVD.

—No diga tonterías —gruñó Hans.

—¿Por qué le parece una tontería? —sonrió la pelirroja.

—Usted es la mujer que llegó de París —dijo Sigrid—. La que mató a Sonia, la que se me escapó a mí.

—Ah, eso es cierto, Sigrid. Pero no soy Baby… Bueno, he estado escuchando un ratito su conversación antes de intervenir, y he comprendido que están en un grave error. Yo soy, lo repito, Galina Cherkova, rusa, de la MVD, y fui enviada a Roma inmediatamente que se corrió la noticia de que quizá Baby llegaría a Roma. Lo que significa que tanto ustedes como yo andamos tras esa espía americana. ¿Está claro? Por lo tanto, voy a sugerirles que unamos nuestras fuerzas para capturar a Baby. Aunque, eso sí, me gustaría saber quiénes son ustedes, qué pretenden exactamente, quién es Xox…, y para quién están trabajando.

De pronto, Walter sonrió.

—Es usted la persona más liante que he conocido en mi vida, Baby —dijo.

—¿De modo que no creen que yo soy la Cherkova, de la MVD?

—Claro que no.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso porque ustedes están trabajando para la MVD y por tanto pueden tener la certeza absoluta de que estoy mintiendo?

—Nadie de aquí trabaja para la MVD —gruñó Hans.

—¿No? Entonces, ¿para quién trabajan? ¿Quién es Xox…, y qué es eso de «la gran acción»?

Hans parpadeó. Walter se pasó la lengua por los labios. La pelirroja ladeó la cabeza, y sus ojos parecieron enfriarse más. De pronto, miró a Sigrid.

—Tú —pareció chirriar su voz—: deja tu maletín sobre esa mesa. Luego, colocaros uno junto a otro, de modo que yo pueda veros bien a los tres…, y poned las manos sobre vuestras tontas cabezas.

Sigrid obedeció, y se acercó más a Hans y Walter. Los tres miraban fijamente a la pelirroja, que se acercó a la mesa, colocó junto al maletín de Sigrid el que ella llevaba en la mano izquierda, y que era idéntico, y tras mirarlos rápidamente, sonrió.

—¿Cuántos maletines más como éstos están circulando por Europa? —preguntó.

—¿Cómo vamos a saberlo? —murmuró Walter—. Nosotros no somos los fabricantes: sólo los compramos.

—¿Los compraron? ¿Dónde?

—Por ahí.

—Por ahí… ¿En una tienda de maletas? ¿En una *boutique*? ¿En unos grandes almacenes? ¿En Roma, en París, en Viena, en Moscú…? ¿Dónde?

No hubo respuesta. La pelirroja no insistió, de momento. Con la mano izquierda abrió el maletín de Sigrid, y con esa misma mano estuvo tanteando en su interior hasta tocar la pistola.

La alzó, la miró, y sus labios se apretaron con seco gesto: era un arma pequeña, de poco calibre, silenciosa de origen…, aunque no tenía las cachas de madreperla.

La mirada se desvió hacia Sigrid.

—Con esta pistola mataste al americano del aeropuerto —deslizó—. Y eso me sorprende mucho. ¿Acaso no sabes que Baby jamás mataría a uno de sus compañeros? De donde se desprende que tú no eres la agente Baby, como tampoco lo era Sonia…, como tampoco lo son otras lindas muchachas que seguramente están cometiendo canalladas por ahí. Creo haber comprendido la jugada… Una jugada extraña, que me ha ocasionado un par de sorpresas a mi llegada a Europa. Pero dejaremos eso para más tarde. Ahora quiero saber qué se proponen ustedes. Y cuando digo ahora,

quiere decir ahora.

—Usted es Baby —jadeó Walter.

—En efecto. Pero, no se engañe: soy la verdadera, Walter. De modo que vamos al asunto: ¿qué están tramando?

—No lo sé… Yo sólo obedezco órdenes de Xox.

—Pues empezaremos por ahí: ¿quién es Xox?

Capítulo IV

—Tampoco lo sé —murmuró Walter—… No sé quién es Xox.

—Entiendo. Bueno, ya sabemos que Xox no es ningún nombre, sino una clave. Está bien, acepto eso. Pero… ¿cómo es Xox, dónde está?

—No lo sé.

—¿No sabe cómo es ni dónde está el hombre que le da órdenes?

—No. Él… él me envía las órdenes grabadas en casetes.

—¿De veras? Me gustaría escuchar una de esas casetes.

—Bueno, tengo… tengo la última.

—¿Dónde?

—En un bolsillo interior de la chaqueta.

—Ya. Bueno, pues quítese la chaqueta, muy despacio, sin hacer gestos bruscos, y vaya a dejarla en el respaldo de ese sillón, pero pasando por detrás de Hans, no por delante. ¿Está claro?

—Sí.

Walter obedeció con toda exactitud. Brigitte le hizo señas con la pistola para que retrocediera, se acercó al sillón, y metió la mano izquierda en la chaqueta, en busca de la casete. Tocó la pistola, pero no hizo caso alguno.

La casete estaba allí, en efecto. La sacó, la miró un instante, y miró de nuevo a Walter.

Supongo que tiene aquí un aparato para que podamos escuchar la grabación —le tiró la casete a las manos—… ¡Póngala! Tenga mucho cuidado, Walter: Sigrid está condenada a muerte por haber matado a un agente de la CIA como lo ha hecho, pero no tengo interés especial en matarlo a usted… Ni a Hans. No me obliguen a hacerlo.

Walter asintió, mientras Sigrid palidecía intensamente. El gigantesco Hans tragó saliva, eso fue todo. Walter señaló el pequeño aparato sobre un sucio aparador, y Brigitte asintió.

—No se ponga de espaldas a mí en ningún momento —advirtió.

Walter volvió a asentir, se acercó al aparato, y siempre moviendo las manos de modo que Brigitte las viese, puso la casete, y accionó el mando de reproducción. El silencio era tal allí dentro que primero, durante unos pocos segundos, pudo oírse el deslizarse de la cinta.

De pronto, comenzaron a brotar sonidos. Pitidos: tit, tit, tit-tit, titit-tit, tit… Brigitte ladeó la cabeza, sus párpados se entornaron.

—Eso es morse —susurró.

—Sí.

—¿Significa que no oiremos la voz de Xox?

—No. Siempre me envía las órdenes grabadas así.

—Recoja la cinta: quiero oír toda la grabación.

Walter obedeció de nuevo, dócilmente. La grabación comenzó a reproducirse de nuevo desde el principio, y Brigitte, sin dejar de vigilar a los tres personajes, la fue descifrando sobre la marcha sin la menor dificultad. Cuando el mensaje terminó, movió la cabeza con un gesto simpático.

—Dígame si usted entendió el mensaje lo mismo que yo, Walter. Dice así: grandes posibilidades de que la agente Baby llegue por la mañana a Roma, casi con seguridad procedente de París, atiendan el asunto según instrucciones establecidas y dispónganlo todo para gran acción, envío personal necesario, Xox. ¿Correcto?

—Sí… Exactamente, sí.

—¿Cuál es la gran acción? ¿Qué personal va a llegar?

—No sé qué personal va a llegar, ni conozco las instrucciones concretas. Sé que me llegará otra casete con esas instrucciones.

—¿Cuántas personas trabajan para Xox?

—Lo ignoro.

De nuevo movió la cabeza Brigitte. Señaló la grabadora.

—Me imagino que esas instrucciones establecidas se refieren a mi identificación, y, posteriormente, a mi captura, si es posible. ¿Cierto?

—Sí.

—¿Ha comunicado usted ya a Xox que han fracasado, que ni saben quién soy ni me han capturado?

—No… Esperábamos la llegada de Sigrid después que usted la burló para tomar una decisión definitiva.

—Sin embargo, usted dijo que, puesto que sabían que Baby estaba en Roma, iban a llevar adelante la gran acción. ¿No es así?

—Sí —masculló Walter.

—Es decir, que no pensaba comunicar a Xox su fracaso, sino esperar al personal para llevar a cabo la gran acción. ¿No le parece que eso no es adecuado, ya que no han conseguido capturarme y ni siquiera saben quién soy?

—Teníamos la esperanza de identificarla por medio de las listas de pasajeros antes de la llegada del personal.

—Sí, ya oí eso —sonrió Brigitte—. Y también oí que había llamado por teléfono, y que todo está dispuesto. ¿A quién llamó por teléfono?

—No lo sé —jadeó Walter.

—¿Perdón? —Alzó las cejas la pelirroja.

—¡No lo sé! Simplemente, llamé a un número y dejé el mensaje de que, salvo imprevistos que comunicaría a tiempo, se podía seguir adelante, así que esperaba el personal.

—¿Hizo usted eso a pesar de que no me tenían controlada?

—¡Ya le he dicho que esperaba poder hacerlo por medio de las listas del…!

—Cálmese. ¿Quién recibió el mensaje?

—Nadie. Una grabadora.

—¿Quiere decir que hay un contestador automático con grabadora para mensajes en ese número telefónico?

—Claro.

—¿Cuál es el número?

—Nos va a destrozar —jadeó Hans—… ¡Nos está manejando como le da la gana! ¡No digas nada más, Walter!

La mirada de Brigitte, de nuevo congelada, quedó fija en el gigante.

—De acuerdo, Hans. Walter no va a decir nada más: lo va a decir usted, valiente. ¿Cuál es el número?

—Ninguna mujer va a tratarme a mí como usted está…

Plop, disparó Brigitte Montfort.

La bala alcanzó en el hombro derecho a Hans, y éste giró, lanzando un aullido, cayendo de bruces.

Sigrid vio llegado su momento de salvar la vida; se abalanzó hacia la chaqueta de Walter, que había quedado cerca de ella, y

metió la mano en busca de la pistola. La empuñó, la alzó, se volvió hacia Brigitte, chillando de alegría…

Los azules ojos, fijos en ella, le parecieron a Sigrid dos trozos de hielo. Vio el destello del disparo efectuado por la espía internacional, y en la millonésima de segundo que medió entre la salida de la bala y el impacto en su frente, Sigrid comprendió que su reacción había estado prevista en todo momento por la auténtica agente Baby.

Prevista y deseada, para conseguir un mínimo de tranquilidad a su conciencia por matarla…

En el suelo, Hans se había revuelto, y estaba sacando su pistola cuando Brigitte se volvía hacia él y disparaba de nuevo. Esta vez, la bala acertó en la mano de Hans, destrozándola, arrancándole parte de ella junto con la pistola. El aullido de Hans fue escalofriante, y saltó como alcanzado por una descarga eléctrica, desorbitados los ojos.

Brigitte apuntó a Walter, que se había arrodillado y estaba recogiendo su pistola, escapada de la mano de Sigrid.

Plop.

La bala alcanzó a Walter en el centro de la amplia frente en el mismo momento en que se disponía a disparar contra Brigitte. Pareció que explotase un globo lleno de tinta roja; la cabeza de Walter se convirtió en una enorme brocha que salpicó a todos lados mientras el hombrecillo caía hacia atrás brutalmente empujado por la bala de grueso calibre. Brigitte apuntó de nuevo a Hans, que, sentado en el suelo sosteniendo en alto la sangrante mano mutilada, se quedó mirándola con expresión aterrada.

—No —jadeó—… ¡No, no!

—Para que unos queridos amigos me hayan expulsado de su país, habéis tenido que hacer cosas muy feas, Hans, así que no tengo remordimiento alguno en matarte.

—No… ¡No, por favor, no…! ¡Por favor! ¡Le diré el número de teléfono, se lo diré!

—¿Cuál es ese número?

—¡Ochocientos ochenta y ocho catorce cero dos!

Durante unos segundos todavía, Hans estuvo temiendo recibir un balazo en la cabeza. Pero de pronto, la pelirroja dejó la pistola sobre la mesa, fue hacia Sigrid, y le arrancó con fuertes tirones

parte de su ropa interior, que tiró hacia Hans.

—Véndate esa mano como puedas, de momento, o te vas a desangrar por ahí. Y si vuelves a inquietarme lo más mínimo, te mataré. ¿Está claro, Hans?

—Sí… ¡Sí! ¡No haré nada más!

Brigitte pareció desentenderse de él, sacó del maletín que se había agenciado la radio de Jeffrey Davies, y apretó el botón de llamada.

—¿Sí? —Sonó una voz de hombre.

—Creí que habían cambiado la onda de la zona de Roma.

—Hemos dejado… un retén para imprevistos. Hay cosas que no pueden hacerse de la noche a la mañana. Es usted otra vez, ¿eh?

—Quiero hablar con Simón-Roma.

—Él no está en esta onda. No le interesa lo que usted tenga que decirle. Y a mí tampoco.

—¿Acaso cree usted que yo no soy Baby?

—Precisamente porque es Baby es por lo que no quiero saber nada con usted.

Brigitte aspiró profundamente.

—Simón —dijo con tono neutro—, voy a darle una dirección de Roma. Es un taller de reparación de motocicletas… Y escúcheme bien, porque no lo repetiré: si quince minutos después de haberle dado yo esa dirección a usted, Simón-Roma no aparece aquí para ponerse en acto bajo mis órdenes directas, yo, Baby, conseguiré que en menos de veinticuatro horas todo el personal de la CIA en la zona de Roma sea declarado cesante a perpetuidad por la Central de Langley. Y ahora escuche la dirección…

* * *

—¿Desea algo más? —preguntó Simón-Roma.

Sentada en uno de los sillones de aquella parte del taller de reparaciones de motocicletas abandonado, la pelirroja se quedó mirando al hombre que, hasta hacía unos minutos, había sido jefe de *Rome-Station* de la CIA. Ahora ya no era el jefe. Ahora, lo era la mujer que, fumando apaciblemente, lo contemplaba con curiosidad.

Todo estaba ya solucionado o en vías de solución. Habían sido retirados los cadáveres, se estaba registrando a fondo el taller de

reparaciones, había llegado un médico que, tras examinar a Hans le había hecho una primera cura…

—Sí —replicó Brigitte—: siéntese.

—Estoy bien de pie, gracias.

Brigitte señaló el sillón más cercano al que ocupaba ella y dijo:

—Siéntese.

No sólo la orden, sino el tono de voz, eran inapelables. Simón-Roma se sentó.

—¿Y ahora? —Gruñó.

—Ahora, quiero que me explique usted cuáles son los motivos por los que mis Simones, incluido usted, sienten esa animosidad hacia mí. Y cuando yo pido explicaciones, no pido vaguedades, ni gruñidos, ni gestos, ni miradas de disgusto, sino explicaciones claras, concretas, precisas y exactas. ¿Tiene alguna duda?

—No.

—Pues voy a escuchar sus explicaciones. Adelante.

Simón-Roma miró fijamente aquellos grandiosos ojos azules que lo escrutaban. Estuvo así unos segundos. De pronto, para pasmo de Brigitte, se dio a sí mismo una tremenda bofetada, que chascó sonoramente, y exclamó:

—¡Soy el hijoputa más grande del mundo, maldita sea mi podrida estampa!

Recuperándose de su asombro, Brigitte murmuró:

—Me parece que a su madre no le gustaría escuchar eso, Simón. ¿Por qué es usted un… eso?

—¡Ojalá se me pudriesen todos los huesos! ¡Desde el primer momento debí comprender que no podía ser cierto!

—¿Qué cosa?

—¿Es usted una traidora?

Brigitte dio una lenta chupada a su cigarrillo.

—Seguramente, soy muchas cosas feas —murmuró—, pero no he sido nunca traidora a nadie. He sido embustera, he engañado a gente que no merecía otra cosa, he matado, he fingido…, pero si al decir «traidora» usted se refiere a traicionar a los «míos», jamás he sido eso y jamás lo seré. ¿Usted cree lo contrario?

—Ojalá me muriese —masculló Simón-Roma—… ¡Es lo menos que merezco, por grandísimo imbécil, por cretino, por…!

—Deje de insultarse. ¿Tenía usted la idea de que yo era una

traidora?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Bueno, hace unos quince días que la agente Baby está moviéndose por Europa, haciendo las mayores cabronadas… con perdón… que uno pueda imaginarse. La última fue la definitiva.

—¿Qué… cabronada última he hecho yo? —sonrió Brigitte.

—Mató a uno de los nuestros.

La pelirroja se atragantó con el humo del cigarrillo, y palideció.

—¡¿Yo maté a uno de los nuestros?! —gritó—. ¡¿A un Simón?!

—Escuche, si quiere cortarme la lengua, o alguna otra cosa, hágalo, pero no me obligue a explicarle…

—¡Quiero saber ESO!

—Bueno… Fue en Viena. Uno de los nuestros estaba de vigilancia rutinaria en el aeropuerto. Nada especial. Rutina, ya le digo. A Simón-Viena le llegó entonces el rumor de que Baby iba a llegar a Viena, así que llamó al muchacho que estaba en el aeropuerto, y se lo advirtió. Todos contentos. Usted ya sabe cómo funcionamos nosotros, los que no la conocemos personalmente. Se nos dice que Baby va a llegar, y no tenemos problemas para identificarla: tiene que ser, siempre, la más hermosa mujer que llegue. Muy bien, el hombre que estaba en el aeropuerto de Viena llamó un par de horas más tarde a Simón-Viena. Le dijo que, en efecto, Baby acababa de llegar…, pero que estaba conversando con un agente soviético.

—¿Qué agente soviético?

—Igor Chakov.

—¿Bien conocido de ustedes?

—Desde luego. Apareció en el aeropuerto de Viena pocos minutos antes de la llegada de usted…

Brigitte movió un dedo en forma negativa.

—Ah-ah —rechazó también de viva voz—… Nada de eso. Yo no he estado en Viena hace tiempo. ¿Cuándo fue eso?

—Hace ocho días.

—Hace ocho días yo estaba en cierto lugar de Estados Unidos, escribiendo una serie de artículos sobre la manipulación que determinados servicios secretos o grupos políticos hacen de la juventud. Puede leer esos artículos en determinado diario de Nueva

York. Y no tengo por qué mentirle.

—¡Pero si ahora ya lo sé…! ¿No le digo que ojalá se me pudran todos los huesos, por haber creído todo eso de usted?

—¿Qué pasó en el aeropuerto de Viena?

—Bueno, la cosa estuvo un tanto confusa. Al parecer, el Simón que estaba allá se desconcertó mucho cuando vio que ust… que Baby, o sea, la chica más linda del pasaje de aquella mañana, estaba conversando con Igor Chakov. Entonces, creyó comprender lo que sucedía, y llamó a Simón-Viena de nuevo. ¿Quizá Chakov había llegado a un acuerdo con la CIA, y Baby era la encargada de una entrevista previa antes de poner a Chakov camino de Estados Unidos? Simón-Viena dijo no saber nada sobre tal asunto, y advirtió a Simón-Aeropuerto que le enviaba dos compañeros por si estaba ocurriendo algo… especial. Simón-Aeropuerto dijo que muy bien, cerró la radio, y se quedó mirando a Baby y a Chakov. Parecía que estaban discutiendo. A Simón-Aeropuerto, evidentemente, no le gustó la posibilidad de que Chakov pudiese hacer mal alguno a Baby, de modo que se acercó… Cuando se estaba acercando, Chakov le vio, lo señaló, y dijo algo a Baby…

—Espere un momento. ¿Simón-Aeropuerto está muerto?

—Sí… Usted lo mató.

—Ya. Pero si él murió, ¿quién les dijo todo esto a ustedes, es decir, supongo, a los dos Simones que llegaron…?

—Espere, espere. Le decía a usted que Chakov señaló a nuestro compañero. Baby se volvió, lo miró. Chakov estaba muy nervioso. De pronto, ust… quiero decir, Baby, sacó la pistola, y metió tres balas en el estómago de Chakov. Simón-Aeropuerto corrió hacia allí… Entonces, Baby se volvió hacia él, le apuntó, y le metió una bala en el corazón. Luego, escapó.

—De acuerdo. ¿Quién les explicó todo esto a ustedes?

—Testigos presenciales. Éstas fueron las conclusiones obtenidas tras hacer muchas preguntas en el aeropuerto. Pero quizá no se habrían complicado tanto las cosas si los rusos no hubiesen llamado poco después a Igor Chakov. Su radio de bolsillo sonó cuando los dos compañeros de Simón-Aeropuerto estaban registrándolo. Uno de ellos sacó la radio de un bolsillo de Chakov, y aceptó la llamada. Entonces se oyó una voz, en ruso. ¿Chakov?, dijo un hombre, ¿qué pasa? ¿Hay alguna dificultad en el contacto con Baby para esta

entrega?

—¿Qué entrega?

—Espere un momento, por favor… Nuestro compañero replicó en ruso que no había ninguna dificultad. Intentó hacerse pasar por Chakov, pero no lo consiguió. La comunicación fue cortada en el acto. Continuaron registrando a Chakov…, y le encontraron encima un pequeño paquete conteniendo varios microfilmes.

—¿Microfilmes que, se supuso, le habían sido entregados por Baby?

—Sí.

—¿Qué contenían esos microfilmes?

—El extracto de los acuerdos secretos establecidos entre Estados Unidos y China al reanudar sus relaciones diplomáticas, así como un proyecto a largo plazo para la explotación a gran escala de los yacimientos petrolíferos chinos por compañías norteamericanas.

—¡Cielos…!

—Comprenderá usted que una información de ese nivel no podía tenerla cualquiera. En cambio, parecía más que posible que la tuviese Baby.

—Entiendo. Y lo que Baby estaba haciendo en el aeropuerto de Viena era vender esa información a Igor Chakov, es decir, a los rusos. Y al ver que Chakov le señalaba a un agente de la CIA, Baby se dio cuenta de que estaba muy comprometida, así que mató a Chakov para que no dijese nada, y mató también a Simón-Aeropuerto para eliminar al testigo de la entrevista.

—Sí.

—Y Baby huyó.

—Sí.

—Y fue tan imbécil que dejó en el cuerpo de Igor Chakov el paquete con los microfilmes conteniendo esa información.

—Bueno… Sí.

—¿Sabe, Simón?: me molesta que me consideren una traidora, pero todavía me molesta más que me consideren una retrasada mental.

—¡Todo estaba tan claro…!

—Oh, clarísimo. Bien, ¿qué más cosas he estado haciendo por Europa?

—En Budapest asesinó a un agente alemán. En Londres vendió

un esquema del personal británico últimamente adscrito al MI6. En París organizó un atentado contra el Presidente de la Liga Anticomunista…

—¿De la qué? —exclamó la divina espía.

—¡Maldición! No ha sido usted la que ha estado haciendo todas esas cosas al servicio de los rusos, ¿verdad?

—¿Han estado todos ustedes pensando que yo me había pasado a los rusos? —jadeó, al límite de su incredulidad y su enfado.

—Eso es lo que parecía; todos los indicios…

—¡Todos los… los demonios! ¿Es que no lo entiende? ¡Han sido varias mujeres más o menos elegantes y hermosas las que han estado haciéndose pasar por mí en toda Europa! ¡Ésa es la verdad!

—Sí, ahora lo entiendo, pero…

—¡Espere! ¿Por qué razón no me avisaron oportunamente desde la Central de lo que estaba ocurriendo, si esto está pasando hace por lo menos un par de semanas?

—No tengo la menor idea. Precisamente, al no decirnos de la Central que era imposible que usted estuviese metida en esto fue por lo que todos tuvimos que creer lo que parecía cierto.

—¿No han hecho ningún comentario los de la Central?

—No.

—Vamos a ver, vamos a ver —Brigitte se pasó una mano por la frente—… Mi jefe de Sector en Estados Unidos sabía perfectamente que yo estaba escribiendo unos artículos en una cabaña que tengo a la orilla de un lago. Por lo tanto, en la Central sabían perfectamente que yo no podía estar cometiendo asesinatos, atentados y traiciones diversas en Europa. Sin embargo, dejaron que todo siguiera su curso, que incluso mis Simones llegasen a creer que yo me había vendido a los rusos… ¿Por qué permitieron semejante cosa?

—Le juro que no lo sé.

—Luego, llego a París y un hombre que sabe positivamente que yo jamás traicionaría a mis amigos, me expulsa de Francia. Llego a Londres, y allí otro amigo de cuya fidelidad y cariño no tengo la menor duda me expulsa de Inglaterra y todos los territorios británicos. Estoy segura de que ellos sabían y saben que yo nunca he hecho nada que pueda perjudicarles. Sin embargo, me expulsan, me hablan fríamente, se niegan a darme explicaciones. Igual que los señores de la Central. ¿Solución?

—Que me maten si se me ocurre algo —exclamó Simón-Roma.

—Sólo hay una explicación a esto… Sólo una.

—Me gustaría escucharla.

Brigitte encendiò otro cigarrillo, y estuvo fumando en silencio unos segundos, pensativa. De pronto, se echó a reír.

—¡Cielos, qué jugada! —exclamó.

—¿A qué se refiere? —Se impacientó Simón.

—Es colosal… Fíjese bien, Simón. Hay dos bloques opuestos en este asunto. Uno de esos bloques está constituido por las personas que están utilizando varias Baby para sembrar el desconcierto y la desconfianza en el otro bloque, que está constituido por los amigos de Baby. Según todos los indicios, Baby es una traidora, está vendiendo secretos a los rusos, se ha pasado a Rusia. Incluso mis queridos Simones se lo han creído. ¿Cierto?

—Bueno… Es que las evidencias… Y al no decir nada los de la Central…

—¡Pero hombre, si ésa es la jugada!

—¡No entiendo nada! —gritó Smón-Roma.

—Veamos: ¿cuál tendría que haber sido la reacción lógica de la CIA ante mi traición? ¿Cuál tendría que haber sido la reacción lógica de mis amigos de los servicios secretos alemán, francés, británico, italiano…?

—Eliminarla.

—¡Exacto! O cuando menos, retirarme de la circulación. En otras palabras: la agente Baby habría dejado de trabajar, habría sido retirada definitivamente del mundo del espionaje. Pero mis amigos, mis verdaderos amigos, me conocen bien, y saben positivamente que nunca cometeré traición alguna contra ellos. Así pues, comprenden la jugada en el acto: alguien está tratando de desprestigiarme, precisamente para que yo sea eliminada, física o profesionalmente. Pero si hacen eso, lo único que habrán conseguido será hacerles el juego a quienes lo han inventado. Por lo tanto, no me eliminan, ni física ni profesionalmente… Simplemente, me rechazan. ¿Y sabe por qué?

—Ni se me ocurre.

—Porque es lo único que pueden hacer. Si me eliminan, la partida ha terminado, y ha sido ganada por los otros…, por ese sujeto llamado Xox. ¿Acaso no es mejor rechazarme, expulsarme…,

lanzarme al campo de batalla…, y que Xox y yo lleguemos a enfrentarnos?

—¡Dios…!

—Por eso me han expulsado de París y Londres…, y por eso han hecho correr la voz de que Baby iba a llegar a Roma… Todo lo que han hecho, tanto los señores de la Central, como los del SDECE francés y el MI6 británico, ha sido meter a Baby en el centro del juego.

—¡Pero eso es una putada enorme…!

—No, hombre —rió Brigitte—… ¡Es el juego! Nuestros jefes de la Central, y otros amigos míos, han comprendido que Xox quiere aniquilarme, física o profesionalmente, de modo que han dicho: ¡Ah, de modo que queréis eliminar a Baby, ¿eh?! ¡Bueno, pues ahí os la enviamos, sin ayuda, sin advertencias de ninguna clase, sin apoyo…! ¡A ver si podéis con ella! Así que cuando yo llamé a mi jefe de Sector en Estados Unidos y le dije que venía a pasar unos días en Europa, él se relamió de gusto, avisó a la Central, y la Central ha guardado silencio: todo lo que tenían que hacer, incluso posiblemente de acuerdo con franceses y británicos, era dejar que las aguas siguieran su curso.

—Pero eso… significa una confianza ilimitada en usted, en sus facultades, en su… en su suerte… ¡Es una canallada!

—No. Es una confianza total en mis posibilidades. Esto aparte, está bien claro que sólo actuando así me daban a mí la oportunidad de seguir adelante hasta llegar a Xox, pues si me hubiesen… eliminado o retirado, Xox no habría podido seguir sus planes utilizando el nombre de Baby y a unas cuantas jovencitas más o menos entrenadas, y habría desistido de ellos. Entonces, surge la pregunta: ¿quién es Xox, y a qué otra cosa se dedicaría cuando ya no pudiese continuar su juego contra Baby?

Simón-Roma estaba sudando. Sacó un pañuelo, y se lo pasó por la frente, por el cuello…

—¡Y yo que creía que ya no tenía nada que aprender en cuestión de espionaje! —jadeó.

—Ésta es una profesión en la que siempre se está aprendiendo…, hasta el día de nuestra muerte. Y hablando de muertes —el rostro de Brigitte se endureció súbitamente—: ¿cuántos Simones han sido asesinados en este asunto?

—Hasta el momento, que yo sepa, el de Viena y el nuestro de hoy, Jeffrey Davies.

—El de hoy está vengado…, aunque eso no sea ningún consuelo. Ahora, tengo que encontrar a la mujer que en el aeropuerto de Viena se hizo pasar por mí, y mató a Igor Chakov y a nuestro compañero. Esto estaba planeado, desde luego. Ese Xox… —Brigitte movió la cabeza—. Es muy listo. Hizo asesinar a un americano y a un ruso. ¿A qué conclusión nos lleva esto?

—No sé…

—A la de que no le importan ni los rusos ni los americanos.

—O sea, que no es ruso ni americano. Pero entonces… ¿quién demonios es y qué quiere?

—Yo enfocaría la pregunta de otra manera: ¿por qué ha puesto tanto empeño en eliminarme a mí?

—¿Por qué? —Repreguntó Simón-Roma.

—Se me ocurren dos respuestas. Una: la existencia y presencia de la agente Baby le molesta para determinados proyectos. Dos: simplemente, se trata de eliminar a Baby. ¿Alguno de ustedes sería tan amable de ir a comprarme un par de bocadillos de cualquier cosa y una lata de cerveza fría o una botella de vino?

Simón-Roma, y otros agentes de la CIA que pululaban por la pieza se quedaron mirando estupefactos a la pelirroja.

—Yo iré —dijo de pronto Simón-Roma—. Lo menos que merezco por mi estupidez es hacer de chico de los recados.

—Nada de *pizzas* —dijo Brigitte—. Y por supuesto, no se le ocurra ponerse en contacto con compañeros de otros puntos de Europa para decirles que todo está aclarado y que Baby está limpia de toda culpa.

—¿Cómo que no? ¡Deberíamos…!

—La cerveza que esté fría, por favor. Eso es todo. Luego, pueden marcharse todos.

Ahora sí; ahora, más que estupefacción, fue como si un rayo hubiese caído sobre las cabezas de los hombres de la CIA.

El primero en reaccionar, quizá por su veteranía, fue Simón-Roma, mirando incrédulamente a Brigitte.

—¿Marcharnos? —barbotó.

—Eso he dicho. Me quedaré sola aquí, esperando.

—Esperando, ¿qué?

—Pues lo que sea. Mire, Simón, todo esto no habría ocurrido si cuando yo llegué al Leonardo da Vinci nuestro compañero Jeffrey Davies se hubiese acercado a mí para hacer contacto en lugar de optar por vigilar qué nueva cosa mala hacía Baby. Pero puesto que se supone que ustedes y yo no simpatizamos en la actualidad, me quedaré sola.

—Pero… ya estamos aquí, seguramente nos han visto, saben que estamos en contacto…

—Quizá no. Si confían en que todo va bien, es posible que venga aquí el personal que está destinado a la gran acción… Y tengo grandes deseos de conocer a ese personal.

—Pero… pe-pero… pueden ser varios hombres, y seguro que llegarán armados, y… ¿No?

—No —sonrió Brigitte Montfort—. No serán hombres. En cuanto a su armamento, no me preocupa demasiado.

Simón-Roma volvió a pasarse el pañuelo por la frente.

—Le traeré algo para almorzar —jadeó.

—Nada de *pizzas*: engordan.

Capítulo V

Hacia las cuatro de la tarde llegó la primera Baby. Era una muchacha preciosa, de largos cabellos castaños y grandes ojos de color café, cuerpo magnífico, elegante, simpática. En la mano izquierda llevaba un maletín rojo con florecillas azules estampadas.

Se quedó mirando sonriente a Brigitte cuando ésta abrió la puerta del taller.

—¡Hola! —saludó alegremente en inglés—. ¿Está Walter?

Brigitte también sonrió amistosamente, encantadoramente.

—En este momento, no. Él y los demás tuvieron que salir para atender un pequeño contratiempo. Yo soy Sigrid. Pasa.

—Soy Esperanza —dijo la recién llegada, entrando—. Espero que ese contratiempo no sea grave.

—No, no, en absoluto. Pero Walter y Hans prefirieron ir con Sonia para atenderlo directamente.

Cerró la puerta, y se encaminaron las dos hacia la pieza que podría definirse como salón. Ya todo estaba en orden, de modo que cuando Esperanza miró alrededor no pudo ver nada que la alarmase o que tan siquiera llamase su atención.

Excepto una cosa.

—¡Qué sucio y abandonado está todo! —exclamó.

—La próxima vez nos reuniremos en un palacio.

Esperanza miró a Brigitte, y emitió una simpática risita. Por su parte, la espía internacional se volvió un instante, para deslizar por el escote la pistolita de la verdadera y fenecida Sigrid, que había tenido oculta en el hueco de la mano. Ya no era necesaria la precaución, pues parecía evidente que Esperanza no se había alarmado al oiría decir que era Sigrid. Y si Esperanza no conocía personalmente a Sigrid, cabía esperar que tampoco la conociesen el resto del personal que fuese llegando.

—¿Tienes café? —pidió Esperanza.

—No. Lo siento. Estamos aquí provisionalmente, como es natural. ¿Traes la casete?

—¿La qué? Ah, no… Llegará por otro conducto, supongo. ¿Cómo os van las cosas por Roma?

—Psé… Parece que el asunto va marchando. Hoy hemos eliminado a otro agente de la CIA, igual que hizo en el aeropuerto de Viena nuestra compañera… Mmm… No recuerdo quién lo hizo. Ya sabes: cuando lo de Igor Chakov.

—Algo sé de eso, sí… Me parece que ese asunto fue atendido por la residente de Viena. No la conozco, pero creo que se llama Marka… ¿La conoces tú?

—No —se aventuró Brigitte—… Es la primera vez que participo en una reunión con las demás; sólo conozco a Sonia, claro, con la que he trabajado en algunas ocasiones.

Miraba con suma atención a Esperanza, temiendo alguna reacción de desconfianza, pero ésta no se produjo. De todos modos, tenía que ir con mucho cuidado. Se comprendía fácilmente que era Walter el punto central de aquel grupo de mujeres que no se conocían entre sí, pero no podía descuidarse. En cualquier momento podía aparecer una Baby que sí conociese a Sonia y Sigrid, y entonces habría que dejar de lado el plan de introducción en el grupo y pasar a controlar enérgicamente la situación. Era tan arriesgado que Brigitte pensó, una vez más en su vida, que tenía que estar algo loca para aceptar semejante riesgo…, considerando que todas aquellas mujeres, sin la menor duda, habían sido seleccionadas no sólo por su aspecto físico y buenos modales, sino por su… fácil predisposición a matar a sus semejantes.

De esto último no cabía dudar.

—Bueno —dijo Esperanza—, parece que ha llegado el momento de que nos vayamos conociendo todas. Me pregunto por qué Walter no ha permitido que nos conociéramos antes.

Brigitte estuvo a punto de lanzar una exclamación de alegría, pero supo contenerse con toda naturalidad. Encogió los hombros.

—Está claro que esas son las órdenes de Xox. A ése sí tengo ganas de conocerlo.

—Sí —frunció el ceño Esperanza—… Paga muy bien, pero es demasiado misterioso. Si no fuese porque cuando esto termine voy a retirarme rica, te aseguro que no habría aceptado. Me siento

como… una pieza de ajedrez que nunca sabe dónde va a ser colocada. Y eso no me gusta: me las arreglaba mejor con mis propios asuntos.

—Supongo —rió Brigitte— que sería una tontería preguntarte a qué te dedicabas antes.

Esperanza la miró de pronto un tanto fríamente.

—Más o menos, hacía las mismas cosas que debías de hacer tú por tu cuenta, ¿no te parece?

—Claro. Vaya, no tienes por qué molestarte… ¿A ti también te reclutó Walter?

—Sí.

—Eres española, claro.

—Sí. ¿Vas a hacerme muchas preguntas?

—Mujer, de algo tenemos que hablar…

—No me gusta que me hagan tantas preguntas.

—Bueno, olvídalo. ¿Quieres un cigarrillo?

—No.

Brigitte comprendió que quizás había ido demasiado lejos, y tomó buena nota de ello.

Encendió un cigarrillo, y apenas estaba la mitad cuando hasta el vetusto y polvoriento salón llegó otra llamada a la puerta. Sin decir palabra, Brigitte fue a la puerta…, de la que regresó a los pocos segundos, acompañada de otra encantadora muchacha de unos veinticinco años, esbelta, rubia, de ojos azules, cuerpo espléndido, modales de colegio suizo…, y que llevaba un maletín rojo con florecillas azules estampadas en la mano izquierda.

—Ella es Esperanza —señaló Brigitte a la española—, y yo soy Sigrid.

—Jacqueline —se presentó la recién llegada.

Se acercó a uno de los sillones, y se dejó caer en él, con un suspiro que evidenciaba su cansancio. Todavía no había encontrado Brigitte el modo de sondearla, pues temía mosquear no ya a Jacqueline, sino a Esperanza, cuando sonó otra llamada.

Y de nuevo apareció otra muchacha bellísima, de aventajada estatura, cuerpo sensacional, cabellos rubios muy claros, y grandes ojos grisverdosos. Era la más alta de todas las reunidas, y la más hermosa…, a excepción de la pelirroja que decía llamase Sigrid. El nombre de aquella especie de Venus era Maika, y cuando lo oyó, la

falsa Sigrid se quedó mirándola con renovada atención; muy bien, allá tenía a la mujer que, en el aeropuerto de Viena, había asesinado a Igor Chakov, espía ruso, y a un Simón.

Le sonrió amistosamente.

—¿Acabas de llegar de Viena? —se interesó. Maika la miró sorprendida.

—Claro que no. Me marché de allí tras realizar mi actuación.

Brigitte se apresuró a intentar corregir su error:

—Claro. Es lo mismo que tendríamos que haber hecho ya Sonia y yo si no fuese por la gran acción, que al parecer va a tener lugar aquí mismo, en Roma.

Maika la miró con más interés.

—¿Sabes qué tenemos que hacer exactamente? —preguntó.

—No. Y por lo que les he oído hablar a Walter y Hans, me parece que ni ellos mismos lo saben. Estamos todos esperando las instrucciones. Según entiendo, una de vosotras tiene que traer una casete.

—Yo no —movió la cabeza Maika.

—Bueno, ya llegará…

Sonó el teléfono. Todas lo miraron, pero fue la pelirroja quien se apresuró a atender la llamada, observada por las demás.

—¿Sí?

—¿…?

—Ah, Walter, hola… ¿Qué?

—…

Brigitte miró sonriente a las tres Baby que la contemplaban con suma atención.

—Sí, han llegado tres, por ahora: Maika, Jacqueline y Esperanza, pero ninguna de ellas ha traído la casete con las instrucciones.

—…

—Sí, entiendo. Bueno, no te preocupes… ¿Qué?

—…

—Ah, sí. Claro, como quieras. Yo no tengo inconveniente en ir descifrando las instrucciones mientras te esperamos… De todos modos, si cuando vuelvas a llamar ya ha llegado la casete y prefieres escuchar la grabación por teléfono… Lo digo porque no quisiera cometer algún error en la transcripción.

—…

—Como quieras, Walter. ¿Tardareis mucho aún? ¿Algo va mal?

—…

—Estupendo. Hasta luego, sí —colgó el auricular—… Bueno, ya habéis oído: Walter se retrasará. Mientras tanto, para ganar tiempo, yo tengo que transcribir la grabación de la casete en cuanto llegue…

* * *

A unos setecientos metros de allí en línea recta, Angelo Tomasini, es decir. Número Uno, todavía estaba con el auricular en alto, contemplándolo con el ceño fruncido. De pie junto a él, el fiel Enrico lo contemplaba expectante.

—¿Algo va mal, *signore*?

Número Uno lo miró, colgó el auricular con gesto un tanto brusco, y masculló:

—¿Algo? ¡Está loca!

Enrico sonrió.

Hacía ya años que trabajaba para Número Uno y conocía bien a éste. También conocía de sobra a la bellísima *signorina*, a la que tanto amaba el *signore*, y sabía que, por supuesto, no estaba loca. Pero el *signore* siempre se enfadaba con la *signorina* cuando ésta hacía lo que quería hacer… es decir, cuando se trataba de cosas tan peligrosas como la que estaba haciendo.

—Sí, *signore* —dijo Enrico sonriendo—: está loca.

Número Uno volvió a fruncir el ceño. Había llegado a Roma procedente de Malta hacía poco más de una hora, y, como siempre, se encontraba a Brigitte en apuros. Pero, en cuanto lo había visto, Enrico le había traspasado la consigna de la *signorina*: ella estaba en un taller de reparaciones de motos del que le había facilitado la dirección y el número de teléfono, pero el *signore* no debía acercarse por allí. Lo que tenía que hacer el *signore* (*prego*) era interesarse por Carlo Fachetti. ¿Que quién era Carlo Fachetti? Bueno, Carlo Fachetti era el hombre a cuyo nombre estaba el teléfono de Roma número 888-14-02, que la *signorina* había encargado a Enrico que localizase. Y Enrico, utilizando las buenas amistades que le habían deparado sus relaciones con Número Uno, había localizado pronto

el teléfono 888-14-02, el nombre de la persona que lo tenía instalado, y la dirección de esa persona: Via Panisperna, 72.

Sin embargo, el *signore* había rechazado ocuparse del tal Carlo Fachetti, optando preferentemente por llamar a la *signorina* al taller de reparaciones de motos para convencerla de que saliese de allí inmediatamente, y que aceptase la ayuda de él, de la CIA, y de quien fuese necesario, pero que no se arriesgase más.

¿Cuál había sido la reacción de la *signorina*? Enrico sentía deseos de reír al pensar en esto: la reacción de la *signorina* había sido utilizar la llamada del *signore* para hacer creer a las mujeres que iban llegando al taller que quien la había llamado había sido el fallecido Walter, aprovechando al mismo tiempo para asegurarse de que ninguna tendría nada que oponer cuando, tras la llegada de la casete, ella procediese a descifrar la grabación: ¡Y es que la *signorina* tenía cada cosa…!

—¿De qué te ríes? —masculló Número Uno.

—¡De nada, *signore*! —Respingó Enrico—. ¡No me río!

Número Uno movió la cabeza.

—Enrico, cualquier día le van a cortar la cabeza. No es cosa de risa.

—No, *signore* —palideció Enrico.

—Está en un infecto agujero rodeada de víboras. Si yo no estuviese tan loco como ella… ¿sabes qué haría ahora mismo?

—No, *signore*.

—Iría a ese taller, aplastaría esas víboras, y me llevaría de allí a Brigitte. Pero si hago eso, el tal Xox del que te ha hablado ella seguirá suelto y haciendo de las suyas, así que, desdichadamente, no tengo más remedio que seguir el mismo juego que los demás. Espero que la CIA habrá tenido el buen sentido de desobedecerla en ese aspecto, y que habrá varios agentes cerca del taller, por si ella necesita ayuda… ¿Qué más ha hecho la CIA aparte de meter sus patazas en todas partes?

—Están muy desconcertados, *signore*.

—Sí… Es lógico. Y son tan listos que hasta se dedican a perder el tiempo averiguando quién es el propietario de la casa de Via Argonauti. Por cierto: ¿de quién es esa casa a la que enviaste a Brigitte?

—Oh, de uno de tantos condes arruinado, *signore*. Él ni siquiera

me conoce a mí, pero yo sé que hace tiempo está viviendo en Bélgica, o por ahí; así que fui a esa casa, le abrí la puerta a la *signorina*, y le dejé un portafolios con armas.

—Está bien. ¿Y de quién es este apartamento?

—De un amigo que cree que he traído aquí a una chica, *signore*.

Número Uno casi respingó. Y de pronto, casi sonrió.

—¿Ves? ¡Eso sí tiene gracia: Sólo que si te han visto entrar conmigo van a pensar de ti que eres un homosexual.

—*Santa Madona!* —palideció Enrico.

Una expresión casi socarrona apareció en los ojos de Número Uno. Se puso en pie, recogió la chaqueta del elegante traje de verano, y se la puso ocultando así la funda axilar con la automática.

—Bueno —gruñó—, voy a ver qué encuentro en Via Panisperna 72. Y según lo que encuentre allí, iré a sacar a Brigitte de ese agujero lleno de víboras…

* * *

Las siguientes en llegar habían sido Norma y Greta, ambas por supuesto elegantes, jóvenes y encantadoras…, y ambas provistas del correspondiente maletín rojo con florecillas azules. Cerca de las cinco llegó Ingrid, y, a las cinco en punto, Georgia, y huelga la descripción detallada de ellas, ni de hacer hincapié en que llegaron con su maletín idéntico a los otros…

Brigitte Montfort comenzaba a estar asustada cuando llegó Georgia. Asustada porque siete agentes Baby, más las dos que faltaban, Sigrid y Sonia, eran ya demasiadas. ¿Cuántas más llegarían? ¿De dónde había sacado Xox nueve mujeres (por el momento) como aquéllas? ¿Quién o qué era Xox, qué recursos tenía?

En cuanto a sus planes, al parecer pronto iba a conocerlos, ya que Georgia resultó ser la encargada de llevar la casete con las instrucciones. Dijo que tenía que entregarlo a Walter en persona, pero las demás la convencieron de que el propio Walter, por teléfono, había encargado a Sigrid que transcribiera la grabación, así que finalmente, accedió.

—¿Quién te lo ha entregado a ti? —preguntó la falsa Sigrid.

—Lo encontré en mi buzón de correspondencia —replicó la bella

Georgia, de grandes ojos grisazulados.

—¿Cuándo?

—Este mediodía, antes de la hora en que tenía que venir hacia Roma.

—¿Has venido en coche?

—Sí.

—¿Desde dónde?

—Haces demasiadas preguntas, ¿no? —entornó los párpados Georgia.

—Eso mismo le dije yo —saltó Esperanza—. ¡Y no me…!

—Os diré por qué hago tantas preguntas —cortó muy secamente Brigitte-Sigrid—… Empieza a no gustarme esto. No me gusta que nos hayan reunido aquí, no me gusta que Walter todavía no haya llegado, no me gusta el lugar…

—¿Qué estás tratando de decir? —La miró fríamente Greta.

—Bueno… Yo diría que es más que posible que alguien os haya visto entrar en el taller, ¿no? Y es lógico que se haya sorprendido viendo entrar a tantas chicas jóvenes y hermosas, cada una de ellas con un maletín idéntico… No me parece sensato habernos reunido a todas aquí, a plena luz del día. ¡No me gusta!

—¿Supones que alguna persona determinada ha podido permanecer ahí fuera todo el tiempo, viendo cómo íbamos llegando unas tras otras? —preguntó Esperanza.

—Eso no tendría sentido —deslizó Norma—. Puede que a cada una de nosotras nos haya visto una persona, o varias. Pero no siempre la misma o las mismas personas han estado ahí fuera cuando han ido llegando las demás. Es decir, que cada persona o grupo de personas ha visto una chica diferente. Para cualquiera, aquí sólo ha llegado una mujer. Y no creo que esas personas se reúnan para hablar de la mujer que han visto llegar, y para llegar a la conclusión de que eran varias, diferentes.

—Aparte de que, tal como se nos indicó, cada una de nosotras ha venido aquí con gran discreción —terminó Maika, que observaba con curiosidad creciente a Brigitte—… ¿Qué es lo que temes?

Brigitte no contestó. A cada minuto que pasaba, su recelo hacia Xox iba en aumento. ¿Qué era lo que se proponía *realmente*? Miró la casete que tenía en la mano, y encogió los hombros. ¿Por qué hacer más cábalas?: podía saber en cuestión de segundos cuáles eran los

planes de Xox. Todo lo que tenía que hacer era colocar la casete en la grabadora, y escuchar las instrucciones.

Cuando lo hizo, el salón quedó en total silencio.

Brigitte puso en marcha el pequeño aparato reproductor a pilas, se oyó el deslizarse de la cinta, y, a los pocos segundos, comenzaron a brotar los pitidos que componían el mensaje en morse.

Capítulo VI

En el 72 de Via Panisperna no había nadie. Es decir, no había nadie en el apartamento 2 del segundo piso, que era donde, evidentemente, vivía el tal Carlo Fachetti; evidentemente porque en el vestíbulo, el único buzón para correspondencia que no tenía inscrito nombre alguno era el 2 del segundo piso, y todos los demás tenían un nombre u otro, que, ciertamente, no era Fachetti; evidentemente porque, a poco de entrar Número Uno por sus propios medios en dicho apartamento, localizó el pequeño despacho sombrío en el que estaba el teléfono con el servicio de grabación automática de llamadas, y en cuyo disco figuraba el número 888-14-02.

Ni había nadie, ni parecía que nadie viviese allí, de modo que la conclusión era en verdad sencilla: aquel lugar era utilizado solamente como punto aislado de contacto. Un teléfono con grabación automática de mensajes, eso era todo. Pero, inevitablemente, alguien tenía que ir allí a recoger los mensajes. ¿Quién y cuándo? ¿Cada cuántas horas o cada cuántos días iba allí alguien a recoger los mensajes?

Todo estaba a oscuras, todo estaba cerrado. Por una grieta en una ventana penetraba un delgado rayo de luz, como retorcido, y en él flotaban miles de diminutos corpúsculos.

Eso era todo.

Al levísimo resplandor de ese rayo de sol de la tarde, Número Uno estuvo examinando lo que podía verse en aquel apartamento, sin tocar nada, sólo mirando, lo que representó no pocas dificultades. No le gustaba nada aquel lugar, había algo en él que le ocasionaba corrientes de frío en la espalda.

¿Y el teléfono? ¿Realmente alguien iba alguna vez a tomar los mensajes, o se iban acumulando allí, carentes de importancia auténtica para quien o quienes habían puesto en marcha todo aquel

extraordinario asunto?

Regresó al despacho, y quedó junto al aparato, que emitía un mortecino brillo. Miró el disco, blanco, destacando ligeramente más que el aparato.

¿Y si llamase a Brigitte de nuevo, para decirle que estaba en el apartamento de Carlo Fachetti y que no le gustaba nada, que había en él algo… siniestro y extraño? Si Brigitte le preguntaba qué había allí de siniestro o de extraño, él no sabría explicárselo, pero ella le comprendería y le creería…

¿No era mejor informar a Brigitte de sus impresiones?

Súbitamente decidido, acercó la mano al teléfono.

* * *

El teléfono sonó cuando el mensaje había terminado ya, y todas las Baby reunidas en el salón del taller contemplaban como alucinadas la grabadora en la que acababa de ser reproducido el mensaje enviado por Xox.

Brigitte lo leyó rápidamente de la hoja en la que lo había transcrito. Y no necesitaba hacerlo en voz alta, porque había comprendido que todas las mujeres allí reunidas conocían el sistema morse tan bien como ella. Y estaban tan impresionadas como ella…

El mensaje decía:

> *Cumplidos los objetivos iniciales, todas ustedes serán recogidas en una camioneta en cuanto Walter haya telefoneado al número convenido informando de que están de acuerdo en participar en el asesinato del siglo. Si están de acuerdo, la camioneta las llevará al lugar donde recibirán las adecuadas instrucciones. Espero la llamada de Walter. Xox.*

El teléfono seguía sonando. Y ahora, las otras Baby miraban a Sigrid, es decir, a la auténtica Baby, esperando que ésta atendiese la llamada, lo que finalmente hizo, con rápido gesto.

—¿Sí? —musitó.

—¿…?

—Hola, Walter. Sí, sí, soy Sigrid…

—¿…?

—Precisamente, acabamos de escuchar las instrucciones. Te voy a leer completo el contenido del mensaje de Xox. Escucha… —lo leyó, despacio, con voz nítida—. ¿Lo has comprendido todo?

—…

—De acuerdo. ¿Qué hacemos?

—¿…?

—Pues no sé, no hemos tenido tiempo ni siquiera de cambiar impresiones. Espera un momento —Brigitte apartó el auricular y dirigió una mirada general a las falsas Baby—… Walter quiere saber cuál es nuestra respuesta, si aceptamos o no participar en ese asesinato del siglo.

—¿Sabe Walter de qué asesinato se trata? —preguntó Marka.

—No. Lo habría dicho.

—¿Qué más da? —murmuró Norma—. Xox nos está pagando muy bien, y es fácil comprender que todavía será más generoso si le ayudamos en eso. Y a fin de cuentas, si tenemos en cuenta las especiales circunstancias de nuestro trabajo es fácil comprender que, hagamos lo que hagamos, será cargado también en la cuenta de la espía americana Baby, como ha venido sucediendo hasta ahora.

—Desde luego, tiene que ser algo importantísimo —asintió Maika—… Algo verdaderamente digno de la espía americana. Yo acepto.

—Yo también —apoyó Norma.

—Y yo —dijo Esperanza.

Brigitte fue mirando a las demás, que una a una fueron asintiendo con la cabeza. Acercó de nuevo el auricular al oído.

—¿Walter? Todas estamos de acuerdo.

—…

—¿Yo? ¿No sería mejor que llamaras tú mismo?

—…

—Está bien, lo haré yo. Claro, utilizando el morse, como te he visto hacerlo varias veces, ¿no?

—…

—Se lo diré a todas. Hasta luego —colgó el auricular—… Walter dice que llame yo misma al número de contacto, que informe de que hemos aceptado, y que esperemos la camioneta. Quiere que

nadie se mueva de aquí bajo ningún pretexto. Si tiene tiempo, pasará por aquí, pero lo más seguro es que se reunirá con nosotras en el lugar de la reunión.

—¿Qué lugar es ése? —preguntó Georgia.

—No me lo ha dicho. Bien, puesto que todas estamos de acuerdo, voy a llamar al número de contacto para enviar nuestra respuesta. Bueno, lo haré como si la diese Walter; no hay que complicar las cosas… El bolígrafo servirá.

Marcó el número 888-14-02. Varias muchachas se acercaron y oyeron el sonido de la llamada, y luego el de la conexión automática. Utilizando un extremo del bolígrafo, Brigitte fue golpeando el auricular del teléfono, enviando en morse un corto y sencillo mensaje que todas entendieron: participación aceptada por unanimidad; Walter.

* * *

En el 72 de Via Panisperna, Número Uno miraba el teléfono en el que primero había sonado la llamada y luego el chasquido de la grabación automática. Bien, ahora sí podía tener la seguridad de que alguien tenía que ir allí a recoger la grabación, o a escucharla al menos, para saber que las mujeres que esperaban en el taller habían aceptado, y enviarles la camioneta. Muy bien, si alguien tenía que ir allí, él esperaría. Y lo haría con la tranquilidad de que, mientras tanto, Brigitte no corría peligro alguno, pues todo lo que estaría haciendo sería esperar la camioneta…, a la que, era de esperar, seguirían los de la CIA que, sin duda, debían de estar vigilando el taller. ¿O Brigitte les había ordenado que se alejaran y ellos habían obedecido, dejándola sola?

Número Uno sacó una diminuta radio de bolsillo, y efectuó la llamada.

—¿*Signore*? —Se oyó enseguida la voz de Enrico.

—¿Qué hacen los de la CIA?

—Están cerca del taller, sí, *signore,* no se preocupe. He reconocido a dos de ellos, y supongo que hay más. *Signore,* he visto entrar en ese taller bellísimas mujeres. Claro que no llegan a serlo tanto como la *signorina*, pero…

—No creo que ella pueda avisar por radio a los de la CIA, de

modo que tendrás que hacerlo tú. Acércate a uno de esos dos que conoces, y diles que va a llegar una camioneta para recoger a todas las chicas y llevarlas a otro lugar. Que no intervengan, pero que ella esté siempre bien apoyada. Si se ponen tontos contigo, llámame por la radio.

—Entendido, *signore*. ¿Qué hago luego?

—Puesto que ella está bien respaldada, vente para aquí, ya sabes dónde. Quédate cerca, por si te necesitase. Tiene que venir alguien a recoger una grabación aquí, y quizá necesite ayuda… Pero no se te ocurra subir al apartamento.

—No, *signore*. Todo entendido, *capisco!*

Número Uno cerró la radio, y se dispuso a esperar.

* * *

Apenas había anochecido cuando un pequeño automóvil de color azul eléctrico, un viejo Fiat 500 abollado y pintado y repintado hasta el color actual, se detuvo cerca del 72 de Via Panisperna, estacionando en un hueco entre dos coches donde posiblemente ningún otro vehículo del mundo hubiese cabido.

Un hombre de unos cincuenta años, barbudo, con lentes, vestido vulgarmente, se apeó, y sin molestarse en cerrar el coche con llave subió a la acera y caminó por ésta hasta detenerse ante el número 72.

Entró en el portal, y subió cansinamente hasta el segundo piso. Ya en éste, con toda tranquilidad, abrió la puerta número 2, y entró en el apartamento, encendiendo la luz. Cerró, se fue directo al despacho, encendió también la luz de éste, y se acercó a la mesa, tras la cual se sentó, suspirando como de fatiga.

Un minuto más tarde, estaba escuchando los mensajes grabados en morse, y anotando en un papel las señales. Luego, se guardó la grabación en un bolsillo, sacó una libreta de notas, y, consultándola continuamente, procedió a descifrar el mensaje obtenido en último lugar, refunfuñando continuamente, en italiano, con voz sorda, apenas audible.

En una de las habitaciones, Número Uno, pistola en mano, oía, sin embargo, los refunfuños, y entendía alguna que otra palabra. Para él, las suficientes. Suficientes para comprender que tenía a su

alcance a un pobre diablo asalariado con dificultades para obtener transcripciones de rayas y puntos. Pero, evidentemente, había acabado por conseguirlo, porque al final oyó su suspiro de alivio, y, acto seguido, el girar del disco telefónico.

Luego, tras unos segundos de silencio, la voz mascullante del hombre:

—Soy Fachetti —dijo—: envíen la camioneta.

Eso fue todo. Ni siquiera esperó respuesta para colgar el auricular, cuyo sonido fue como un golpetazo.

Los labios de Número Uno estaban apretados. Demasiado cazador para tan poca pieza: estaba seguro de que Fachetti era un pobre diablo, una pieza insignificante… Mirando por la juntura de la puerta, lo vio salir del despacho, en dirección a la puerta del apartamento. Podía hacer dos cosas con respecto a Fachetti. Una: cazarlo allí mismo, obligarle a decir a qué número había llamado, y localizar aquella dirección. Dos: dejarlo salir y seguirlo. De las dos cosas la más interesante, a juicio de Número Uno, era la segunda. Era poco probable que Fachetti fuese a ningún sitio interesante, pero para preguntarle el número telefónico en cuestión siempre estaba a tiempo, y quizá siguiéndolo obtuviera algo más; nunca hay que menospreciar a nadie.

Así pues, esperó a oír cerrarse la puerta, salió del cuarto en el que se había escondido al oír la llave en la cerradura de puerta del apartamento, y caminó hacia ésta. Salió del apartamento bajó rápidamente a la calle, y apareció en ésta a tiempo todavía de ver a Fachetti entrando en el pequeño Fiat 500. Un destello de faros de coche, a su derecha, le hizo volver la cabeza hacia ese lado. Vio el coche de Enrico, debidamente estacionado, y se acercó al borde de la acera… Cuando el Fiat 500 hubo pasado ante él, precisamente en dirección hacia donde estaba apuntando el coche de Enrico, Número Uno lo señaló.

Enseguida, vio el coche de Enrico despegarse del bordillo y partir en pos del Fiat 500.

Fue adonde había dejado el automóvil que le había prestado Enrico, se metió dentro, y partió en pos de los dos coches, sin prisas.

Sacó la casi diminuta radio de bolsillo.

—¿Enrico?

—Diga, *signore*.

—Voy a alcanzaros enseguida, y tomaré el relevo. Luego me sigues tú a mí. Yo me iré encargando del Fiat.

—Sí, *signore*. Ya no hay muchos como ése en Roma; aunque ahora están fabricando un modelo que…

—No te distraigas —gruñó Uno.

Y cortó la comunicación.

Poco después, cuando relevó a Enrico en la persecución directa del Fiat 500 y se relajó en este sentido, recordó lo de la camioneta… Bueno, era de esperar que, llevasen adonde llevasen a Brigitte, la CIA lo sabría. No podía ser en absoluto difícil seguir a una camioneta…

* * *

La camioneta había entrado de espaldas en el taller, ocupando con su mole casi todo el hueco conseguido tras abrir completamente la abollada puerta de hierro rizado. Entonces, el hombre saltó a tierra, y se encaró con la pelirroja que parecía dirigir aquella operación.

—Pueden subir ya —sonrió—. Nadie verá nada desde la calle.

—¿Adónde va a llevarnos? —preguntó Brigitte.

—No puedo decirlo, lo siento. Tengo que llevarlas allá, llamar por teléfono para decir que han llegado, y marcharme.

—Está bien. ¿Hace mucho que trabaja para Xox?

El hombre la miró atónito.

—¿Para quién? Mire, yo sólo he aceptado un encargo por teléfono, señorita. Sé que es algo raro todo esto, porque después de aceptar encontré cinco millones de liras dentro de mi camioneta, pero ni caso, ¿comprende? Yo he cobrado, cumplo mi trabajo, y me voy. Lo demás es cosa de ustedes.

Brigitte ni siquiera se molestó en contestar. Había entendido perfectamente: el camionero era un pobre diablo, un sujeto seleccionado para hacer un trabajo suelto, y nada más. Y bien pensado… ¿acaso no habían estado Walter y Hans en las mismas condiciones? Y todas las chicas… Nadie conocía a Xox. Pero quizá, por fin, la camioneta los llevase al lugar donde Xox expondría sus planes para cometer el asesinato del siglo.

El asesinato del siglo… ¿A quién se proponía asesinar Xox?

¿Quién sería la persona a la que las falsas Baby tendrían que asesinar, por supuesto de tal modo que la culpable oficial de todo pareciese la auténtica Baby?

El asesinato del siglo… Mucho asesinato era éste. Pero, en fin, sólo podía hacer una cosa, de momento.

—De acuerdo. Saldremos enseguida.

Señaló hacia el interior de la caja de la camioneta, cuyas dos puertas estaban abiertas de par en par, y las demás Baby comenzaron a subir al vehículo. Un minuto más tarde, el conductor los sacaba del taller, se apeaba, cerraba la puerta, volvía ante volante, y se lanzaba al enervante tráfico de la Ciudad Eterna…

* * *

Roma había quedado ya atrás, y ahora, por la carretera vieja, es decir, viajando paralelamente a la autopista. Número Uno se iba acercando a la costa. Por delante de él veía las luces de posición del pequeño Fiat 500, cuya marcha no era ciertamente digna de una autopista. Por el espejo retrovisor, Número Uno miraba de cuando en cuando hacia atrás, divisando las luces del coche de Enrico. Si el sujeto del Fiat 500 prolongaba el viaje, estaba decidido a cederle el puesto a Enrico, y él regresar a Roma para buscar contacto con la CIA y preguntarles adónde había sido llevada Brigitte. Sabía muy bien cómo hacer contacto con la CIA, y aunque no le gustaba, se tragaría su orgullo. Lo seguro era que no pensaba seguir mucho más rato al pobre diablo de Fachetti, pues prefería saber dónde estaba Brigitte.

De pronto, el Fiat 500 giró a la derecha. Fue una maniobra más que rápida inesperada, y Número Uno estuvo a punto de pasarse el desvío. Giró justo a tiempo, se metió por la estrecha carretera pos del pequeño automóvil…, y se dio cuenta de que lo había perdido de vista.

Esto era fácil, debido al color del Fiat 500, pero no era lógico que no viese sus luces de posición. Frente a él, a ambos lados del camino, se veían árboles, y luces de algunas casas.

En la distancia se oyó el ladrido de un perro…

El coche de Enrico llegó, y se detuvo tras el de Número Uno, que siguió adelante todavía unos metros, buscando en vano las luces

rojas del pequeño Fiat 500.

Número Uno detuvo el coche, y apagó todas las luces. No era posible. El cochecito tenía que estar por allí, tenía que…

La explosión pareció zarandear su coche. Frente a él, una distancia comprendida entre cincuenta y cien metros, la noche estalló en una bola roja, y el sordo estampido pareció golpear los tímpanos de Número Uno.

El presentimiento fue inmediato.

—Fachetti —masculló.

Salió rápidamente del coche, y echó a correr hacia donde se veía el resplandor del fuego que iluminaba siniestramente un denso nubarrón negro que ascendía hacia el estrellado cielo. En pocos segundos, acertó a ver directamente la pequeña masa del Fiat 500 envuelta en llamas y humo negro. Corrió más velozmente hacia allí, con la intención de hacer algo por Fachetti si era posible, y llegó tan cerca que tuvo la sensación de que el fuego le tocaba…

Pero no se movió, no retrocedió Estaba viendo perfectamente el interior del coche…, en el que no había nadie.

¿O quizá Fachetti había caído de lado hacia el asiento de la derecha y quedaba oculto a sus miradas desde allí…? A riesgo de chamuscarse seriamente. Número Uno echó a correr hacia el coche, pasó paralelamente a éste lo más cerca posible, y pudo ver todavía mejor su interior: no había nadie dentro del pequeño vehículo.

Por detrás de él rugió de pronto un poderoso motor. Uno volvió la cabeza, pero no vio nada… Es decir, sí, una mole oscura se estaba moviendo por entre los árboles… De pronto, un par de luces destellaron, y dieron de lleno en el rostro de Uno, que alzó las manos para protegerse los ojos, y acto seguido, lanzando una exclamación, saltó hacia un lado, rodando por el suelo…, mientras el camión salía de entre los árboles y enfilaba la estrecha carretera hacia la principal. Número Uno se puso en pie, y sacó su pistola. Pero no llegó a disparar contra el camión. Era inútil.

Vio aparecer a Enrico corriendo, por un lado del camino, acercándose, iluminado tenuemente su rostro en rojo debido al resplandor del fuego.

—¡Enrico! —gritó—. ¡Enrico, el camión, el camión…!

Pero el camión se alejaba, rugiendo su motor. Y también rugía el fuego que estaba calcinando el Fiat 500…, y crujió el coche que

había estado utilizando Número Uno cuando el camión lo embistió, dejándolo aplastado en el centro del camino, para volver a embestirlo de nuevo y lanzarlo contra el coche de Enrico, detenido a corta distancia…

Enrico se había vuelto. Miró otra vez a Número Uno, vio sus gestos, y tras salir de su sorpresa echó a correr en pos del camión.

Un minuto más tarde, se reunía con Número Uno, jadeante.

—Lo siento, *signore*. No comprendí…

—Tenemos que encontrar otro coche inmediatamente —dijo Número Uno, que estaba lívido—. Y de momento, alejémonos de aquí a toda prisa.

Enrico miró desconcertado hacia donde continuaba ardiendo el Fiat 500.

—¿Ha muerto Fachetti? —preguntó.

—No. Fachetti iba en ese camión. ¿Pudiste ver la matrícula?

Enrico no contestó. Simplemente, estaba desconsolado. Uno soltó un gruñido, y señaló hacia la carretera.

—Volvamos a Roma. Quiero saber cuanto antes adónde han llevado a Brigitte.

Capítulo VII

La camioneta se detuvo ante las verjas que protegían el recinto de la hermosa quinta cerca de la playa. El conductor lanzó la señal convenida con los faros, y las verjas se abrieron… Cuando la camioneta hubo entrado, las verjas volvieron a cerrarse, sin que ser humano alguno estuviese cerca de ellas.

La extensión de terreno que rodeaba la hermosa casa era considerable, y en su mayor parte estaba acolchada por denso césped. Había también algunos olivos, pero, sobre todo, una gran cantidad de pinos formando haces apretados. Y arbustos de flores…

No había luz en parte alguna, pero cuando la camioneta se detuvo ante la casa de dos pisos, la luz se encendió en la planta baja, iluminando varias ventanas. El conductor de la camioneta saltó de ésta, fue a abrir las puertas de atrás, y se apartó, sonriente.

—Hemos llegado, señoritas.

La primera en disponerse a saltar al suelo fue Sigrid, la pelirroja. Miró hacia la casa, lanzó un rápido vistazo hacia los pinos, y luego ladeó la cabeza con un gesto gracioso.

—¿Estamos cerca del mar? —preguntó.

—Relativamente. Pero esta zona es muy tranquila, y los ruidos se expanden fácilmente. Por favor, salten. Tengo que telefonear, las dejaré en la casa, y yo habré terminado… ¿Necesitan ayuda para bajar?

Ninguna de las hermosas jóvenes que había transportado necesitaba su ayuda para nada. Tras la falsa Sigrid fueron saltando las demás, que se encaminaron también hacia la puerta de la casa…, que se abrió, apenas estuvieron ellas a tres o cuatro metros.

Brigitte se detuvo en seco, al no ver a nadie en la puerta. El conductor de la camioneta, tras cerrar las puertas de ésta, las alcanzó.

—¿Ocurre algo? —Nadie contestó, y el hombre señaló hacia la

puerta—. Bueno, tengo que telefonear. Entremos, ¿les parece?

Se dirigió resueltamente hacia la entrada de la casa. Brigitte lo estuvo mirando, lo vio entrar sin novedad, y reanudó la marcha, lentamente.

—¿Qué pasa? —murmuró Jacqueline, junto a ella.

—No sé. La puerta se ha abierto sola.

—¿Nunca has visto puertas electrónicas? —rió Maika.

Brigitte no contestó.

Entraron todas en la casa, vieron la doble puerta del salón abierta, y se encaminaron hacia allí.

En aquel momento, el conductor de la camioneta descolgaba el auricular de un teléfono que había sobre una elegante mesita. Brigitte dejó de mirar la puerta, parpadeó, y dirigió la mirada hacia el hombre, que se había colocado el auricular en la oreja izquierda y metía un dedo en uno de los números del disco. Apenas movió éste, se produjo la explosión, sobresaltando al grupo de hermosas mujeres. El hombre apenas tuvo tiempo de lanzar un alarido: estalló el auricular, su cabeza fue brutalmente zarandeada, y todo él salió despedido de lado, con la parte izquierda de la cabeza convertida en un manchurrón de sangre.

La sorpresa que siguió al sobresalto fue tal que nadie acertó a moverse.

Todas se quedaron mirando al hombre, cuyos ojos habían reventado; por la nariz y la boca salía un denso y lento chorro de sangre; en su mano izquierda parcialmente destrozada quedaban los restos del auricular del teléfono.

—Pero… ¿qué es esto? —exclamó por fin Ingrid.

Se oyó un chasquido, y todas miraron en aquella dirección. Uno de los compartimientos cerrados de la librería se había abierto, y una cámara de televisión apareció, silenciosa, flamante, lanzando destellos el objetivo, apuntado hacia el grupo.

—Pero… —empezó de nuevo Maika.

—Cállate —exigió Brigitte.

Enseguida, se oyeron, procedentes de otro punto de la librería, tres pitidos de atención: tit-tit-tit… Hubo unos segundos de silencio, y a continuación comenzó a ser emitido el mensaje en morse, que todas fueron asimilando sobre la marcha.

Éste era el mensaje:

La gran acción que tenía planeada consistía en el asesinato del Papa de la Iglesia Católica, Juan Pablo II, hasta hace poco Cardenal Karol Wojtyla. Y naturalmente, tanto este asesinato como los anteriores, y como los que habrían seguido hasta conseguir mi objetivo, habría sido sumado a la cuenta de la agente Baby. Por suerte para el Papa y para otros importantes personajes, ya no hace falta que mueran, pues mi gran objetivo se ha cumplido ya al conseguir que Baby haya venido a esta casa. Tengo otras dos, una en Viena y otra en París, dispuestas como ésta, a la espera de Baby, pero me place especialmente que sea aquí donde todo llegue a su fin, pues así, Baby va a morir muy cerca del hombre cuya vida debía haber exterminado el próximo sábado en la romana plaza de San Pedro: el Papa… ¿Por qué las he estado utilizando a ustedes para ir acumulando culpas sobre la agente americana Baby? Es fácil de comprender: aunque mi mayor deseo era llegar a este momento de enfrentamiento, tampoco habría desdeñado el resultado de que Baby hubiese sido eliminada por servicios secretos que hasta hace poco la habían respetado y honrado con su amistad. Es evidente, sin embargo, que todos aquellos que conocen a Baby son incapaces de matarla, entiendo que debido al… gran afecto que le vienen dispensando. Seguramente, muchos se han irritado con ella, pero ninguno se ha atrevido a matarla. Me congratulo de ello, porque de este modo, finalmente, estoy viendo a la agente Baby. Entiéndanlo bien, señoritas: me refiero a la auténtica agente Baby. Vamos, vamos, no se miren entre ustedes: las seleccioné para que Walter las fuese contratando por su inteligencia, así que no me defrauden ahora, dejen de mirarse unas a otras, ya que sólo una puede ser la verdadera Baby.

Los pitidos dejaron de oírse.

Y las miradas de siete mujeres hermosísimas se centraron en la que las ganaba a todas en belleza: la falsa Sigrid, que permanecía inmóvil.

Los pitidos volvieron a oírse, en el siguiente mensaje:

En efecto, ya han comprendido que la pelirroja es nada menos que Baby. Pero tengan calma, por favor. Aunque hace mucho tiempo que tengo preparado este plan, no he podido ponerlo en práctica hasta ahora. Ha costado mucho dinero, paciencia,

sacrificios humanos, riesgos tremendos… Había una decidida oposición a este plan, pero conseguí finalmente todo el apoyo necesario. Y en cuanto se me autorizó, sólo tuve que movilizar a Walter y Hans para que fuesen a contratarlas a ustedes, las mejores de las que tenía ya seleccionadas y a la espera hacía tiempo, sin que ustedes mismas supieran nada. A todas, menos a Baby, debo decirles que he quedado altamente satisfecho de su labor, que han desempeñado a la perfección…, hasta que han topado con la verdadera Baby. Esto era natural, previsible…, y deseable. Porque todo, de principio a fin, todo el auténtico objetivo de mi plan, era llegar a este momento. Poco importa ya lo que ustedes hayan hecho, lo que hayan pensado o estén pensando varios servicios secretos, los amigos o enemigos que hayamos creado para Baby, los asesinatos que hayamos cometido… Ya nada importa, salvo el hecho de que voy a poder llevar a cabo el asesinato del siglo. Pero no…, ya no se trata del Papa, ni de ningún otro personaje público de relieve. Todos ésos han sido salvados al conseguir yo la pieza que desde hace años vengo rastreando, y que últimamente, con su intervención en determinados asuntos, ha colmado la paciencia de mis patrocinadores y me ha concedido a mí la oportunidad, ¡al fin!, de conseguir la pieza deseada. Porque para mí, el asesinato del siglo no es el del Papa, o el de la Reina de Inglaterra, o el del Sha *de Persia, o el de cien niños… No. Para mí, el asesinato del siglo no puede tener más víctima que la agente Baby. ¡Ella es la pieza más deseada, la única que merece ocupar el lugar de honor en el asesinato del siglo! Ella, la agente Baby, va a ser la protagonista total. El asesinato del siglo sólo puede ser cometido en su persona. Y vamos a cometerlo… ¿Qué hace usted, Baby?*

Brigitte había saltado hacia atrás, y del maletín requisado sacó rápidamente las dos granadas de mano, que exhibió ostensiblemente.

—Si alguna de vosotras se mueve, volaremos todas: esto son dos granadas, os lo advierto.

Esperanza, Maika, Ingrid, Georgia, Norma, Greta y Jacqueline permanecieron inmóviles, mirando la mano alzada de Brigitte, que comenzó a desplazarse hacia la puerta del salón…, que se cerró con suave impacto.

Y enseguida, de nuevo los pitidos:

Su actitud no puede ser más ingenua, Baby. ¿Cree que todo puede ser tan simple? ¿Cree que he estado montando tres cepos carísimos como éste sólo para que usted pueda escapar amenazando a un grupo de tontas? ¿No comprende que esta vez la trampa se ha cerrado sobre usted definitivamente?

Brigitte miró hacia el objetivo de la cámara de televisión.

—Usted es ruso —dijo secamente—, así que no comprendo qué significa eso de Xox.

Ni admito ser ruso, ni tengo que aclararle lo que significa Xox…

—Sé que es ruso. Y comprendo que se hayan hartado de mí después de los planes que les desbaraté no hace mucho en Miami. Fue a raíz de eso que decidieron darle carta blanca a usted con su plan de lanzar al terreno de juego varias Baby asesinas, con el convencimiento de que no sólo iba a complicarme la vida a mí, sino de que acudiría tarde o temprano. ¿No es eso?

Todas esas cuestiones carecen ya de interés. Estoy cansado, Baby… Mis Baby, las que tiene ante usted, han tenido que cometer asesinatos y llevar a cabo planes que me han costado mucho esfuerzo, viajes, noches de insomnio… No es fácil mover un grupo de estúpidas asesinas de cierto nivel como si fueran nada menos que la selectísima agente Baby… Realmente, estoy cansado. Pero he llegado a mi objetivo, y ahora sólo deseo cometer el asesinato del siglo y retirarme a descansar. No me queda mucho tiempo de vida, pero sé que lo disfrutaré grandiosamente. ¿Y sabe cómo?

—¿Cómo?

Voy a explicarle lo que espero de usted. En primer lugar, utilizará su radio que la conecta con los hombres de la CIA que están en estos momentos rodeando la villa, y les dirá que deben abstenerse de intervenir, bajo las siguientes amenazas: una, después de que la camioneta entró en la quinta, activé los dispositivos de más de cien minas de tierra sembradas en todo el jardín; dos, tan sólo con que uno de ellos consiguiese atravesar el campo de minas, usted moriría sin más dilación; tres, tengo dispuesta para estallar una carga de gas letal cuyos efectos se extenderían en un radio de

tres kilómetros por lo menos, ocasionando según mis cálculos alrededor de seis mil quinientas muertes de personas que viven en la zona, más las que estuvieran de paso, instaladas en hoteles de la playa, etcétera… Y no estoy bromeando. ¿Cuento con que va a decirles a los de la CIA cómo están las cosas?

Brigitte tragó saliva, se pasó la lengua por los labios, y asintió. Abrió de nuevo el maletín, tras dejar las dos granadas sobre un sillón, sacó la radio de bolsillo, y llamó.

—¿Sí? —Se oyó la voz de Simón-Roma.

—Simón, quiero que me escuche atentamente…

Cuando terminó la explicación, hubo un par de segundos de silencio en la radio.

Luego, la voz de Simón-Roma, tensa:

—¿Qué hacemos?

—Nada.

—Pero…

—¿Qué le pasa a usted? Acabamos de salvar la vida del Papa… ¿y vamos a arriesgar ahora las de más de seis mil personas?

—Pero… es que… usted está ahí, y…

—No hagan nada. Y esta orden mía incluye a todos cuantos puedan estar oyéndome. ¿Está claro? Además, sería absurdo que lo arriesgasen todo por entrar en esta quinta…, en la que sólo estamos mis… imitadoras y yo. Eso es todo.

Cortó la comunicación, y, enseguida, se oyeron los pitidos, expresando esta vez lo siguiente:

Se ha equivocado respecto a una cosa, Baby. Usted y sus… imitadoras no están solas en la casa: Xox está con ustedes. Pero no se le ocurra intentar nada contra él, recuerde todo el daño que puedo hacer.

—¿En qué parte de la casa está usted?

Estoy seguro de que encontrará a Xox, en su… peregrinaje por la casa cuando llegue el momento. Y volvemos así a mi idea para disfrutar grandiosamente el resto de mi vida. Como usted habrá comprendido, yo podría matarla ahora mismo, sin riesgo ni molestia alguna, pero también sin… emoción. Una muerte fría de la

mujer más peligrosa del mundo me dejaría mal sabor de boca, empequeñecería mi labor tan paciente, mi triunfo tan elaborado y esperado… No. Quiero tener un recuerdo, para poder visionarlo cuando desee. Así que vamos a filmar una película. Vaya adonde vaya de esta casa, encontrará cámaras de televisión, que irán grabando en videotape todo cuanto vaya sucediendo. ¿Qué va a ir sucediendo? Escuchen todas atentamente: si consiguen matar a Baby, las que queden vivas podrán marcharse de esta casa. Podéis empezar la cacería cuando queráis, Babies… ¡Sois las ejecutoras del asesinato del siglo! Pero un momento: así no tendría emoción, tenemos que concederle a Baby una oportunidad —se oyó un chasquido, y las puertas del salón se abrieron—: dispone de cinco segundos para empezar la fuga por toda la casa, Baby.

La menos sorprendida y desconcertada de todas las Babies era, precisamente, la auténtica, que agarró el maletín rojo con florecillas azules de su dotación, y se lanzó a toda velocidad hacia la salida del salón, sin molestarse en intentar recoger las dos granadas, pues era una pérdida de tiempo precioso…

Y apenas había salido del salón cuando oyó la tensa voz de Esperanza gritando:

—¡Vamos a por ella! ¡Maika, las granadas!

En el vestíbulo, Brigitte *Baby* Montfort miraba a todos lados, con expresión tensa, muy abiertos los ojos…

En dos puntos de allí, sendas potentes cámaras de televisión estaban funcionando.

Comenzaba el asesinato del siglo.

* * *

Simón-Roma emitió un gemido, y se pasó el pañuelo por la frente.

—¡No podemos hacer eso! —exclamó—. ¡Causaríamos una alarma terrible no sólo en este lugar, sino en toda Italia…!

Frente a él, Número Uno lo miraba fríamente.

—¿Se le ocurre alguna otra solución? —preguntó.

—No… No. ¡Pero no podemos hacer eso, sería un tremendo compromiso para la CIA!

—¿Compromiso? Escuche, ahí dentro —señaló a través de las verjas hacia la casa rodeada de pinos— hay una mujer que en estos momentos sólo está pensando en evitar la muerte no ya del Papa, que al parecer ha salido de todo riesgo, sino de más de diez mil personas, probablemente. Usted tiene que entenderlo: si ella está todavía ahí, siguiendo sin duda algún maquiavélico juego, es para darnos tiempo a nosotros de que despejemos la zona. Tenemos que avisar a las autoridades italianas, y que éstas, inmediatamente, impartan por radio o como quieran la orden de que una zona de seis o siete kilómetros de diámetro sea evacuada. ¿Lo entiende o no?

—Sí, sí, sí…

—Pues manos a la obra. Y mientras tanto, todos sus hombres deben extenderse por estos lugares, avisando a la gente de que desalojen la zona.

—Pero… ¿y Baby? ¡Somos muchos, y podríamos asaltar…!

—No. Lo que se pueda hacer por ella no será a base de muchos hombres, sino de algo inesperado, algo muy bien pensado. Pero hasta que se nos ocurra algo, hay que desalojar la zona. Y si usted no quiere hacerlo, yo me ocuparé de ello. Enrico —se volvió hacia éste—: sube al coche, busca un lugar desde el cual telefonear a la Policía o a los Carabinieri, y ve avisando a la gente. Y aléjate de aquí.

—Pero *signore*…

—¿Vas a discutir conmigo?

—¡No, *signore*! Sólo quería decirle… que si Xox hace estallar esa carga de gas… usted también debería estar fuera de la zona de peligro, *signore*.

Número Uno volvió a mirar hacia la casa, que se veía iluminada por entre los pinos.

Un destello de angustia pasó por sus ojos cuando susurró:

—No tengo nada que hacer en ningún otro sitio. Márchate… Márchense todos. Y piensen sólo en una cosa: si ella muere, al menos que haya valido la pena… para otras personas. Márchense. Si hay algo que pueda hacerse por Brigitte, yo lo haré. Aunque mucho me temo que esta vez…

Capítulo VIII

—¡Estoy segura de que ha subido a los dormitorios! —gritó Norma —. ¡Vamos a por ella!

Su voz llegó, amortiguada, a oídos de Brigitte, que se había escondido en uno de los dormitorios…, en el que se había encendido la luz, y sobre un tocador, comenzaba a funcionar una cámara de televisión, enfocándola.

De alguna parte, comenzaron a brotar pitidos, expresando:

> *Emocionante principio: la agente Baby huyendo de una jauría de lobas furiosas. Va a ser una cacería emocionante…, aunque me está defraudando usted: pensé que les haría frente con más… valor. A propósito: ¿cuál es su nombre auténtico?*

Brigitte había mirado hacia la cámara, pero se desentendió pronto de ella, sin contestar, mirando ahora hacia la ventana…

> *Sí, puede escapar por la ventana, desde luego —sonaron de nuevo los pitidos—, pero no le aconsejo que se aleje de ella. Lo de las minas es cierto. Y por otro lado, si usted, milagrosamente, consiguiese salir del recinto de la villa, yo accionaría la carga de gas letal. Es una simple elección para usted: o la posibilidad de fuga, o ser la causante de más de seis mil quinientas muertes. Bien: ¿cuál es su nombre auténtico?*

Brigitte se acercó a la ventana, la abrió, y miró hacia abajo. Cuatro metros.

Si se colgaba del alféizar, reduciría la distancia a algo más de dos. Se pasó el asa del maletín por una muñeca, y se sentó en el alféizar…

> *Se va a romper las piernas, Baby…*

La agente Baby se descolgó por el alféizar, y luego se dejó caer. Rebotó duramente, cayó rodando como rebotando, y se puso en pie en el acto. Ciertamente que no intentó alejarse de la casa. Lo que hizo fue rodearla, hasta llegar ante la puerta, que se abrió. Cuando entró, otro mensaje la recibió, en el vestíbulo:

> *Muy inteligente. Así podrá pillarlas por la espalda. Y volviendo a nuestro anterior tema de conversación, estoy pensando que quizá podríamos llegar a un acuerdo. Dígame cosas que demuestren en la película que usted es Baby… Cosas que usted haya hecho a lo largo de su asombrosa carrera de espía. Por ejemplo: ¿dónde y qué estaba usted haciendo hace dos años exactamente? Estoy seguro de que lo recuerda…*

—¡Está abajo! —Se oyó la advertencia de Ingrid.

Brigitte, que había sacado ya del maletín una de las dos pistolas de que disponía, miró hacia allí, apuntó rápidamente a la cabeza de Ingrid, y disparó. En lo alto de la escalera, Ingrid lanzó un breve grito mientras saltaba hacia atrás, con un astillado agujero en el centro de la frente. Pareció como un juego de tiro al blanco de los patitos: mientras Ingrid caía hacia atrás, apareció Greta, pistola en mano…

Plop, disparó de nuevo Brigitte.

Un reventón de sangre apareció sobre el seno izquierdo de Greta, que pareció zarandeada, pero no cayó… Comenzaba a caer hacia delante cuando Brigitte corría hacia el fondo de la casa, y arriba se oían exclamaciones y gritos de advertencia.

Debajo mismo de la escalera había un cuarto, y Brigitte entró en él, buscando la existencia de alguna ventana…, que sí estaba, en efecto, recortándose en la luz pálida de la noche.

Pero enseguida, la luz del cuarto se encendió, y Brigitte vio la cámara de televisión, y oyó el nuevo mensaje:

> *Admirable: dos disparos, dos muertes. Pero prosigamos nuestra conversación: ¿dónde estaba usted hace dos años, qué hacía? Vamos, sea amable…*

Brigitte se acercó a la cámara, la examinó brevemente, y de pronto asió el cordón y lo arrancó de un tirón. Acto seguido abrió la

ventana, y saltó de nuevo fuera de la casa. La rodeó hasta encontrar el rosal de grueso tallo que crecía pegado a la pared, se agarró a él, y comenzó a subir hacia una ventana. De cuando en cuando una de sus manos se cerraba sobre una rosa, o sobre algunas espinas… Ni un sonido brotó de la boca de la espía, ni un gesto de dolor alteró su rostro…, que relucía ya por la transpiración.

Tardó menos de medio minuto en saltar al interior de un dormitorio… en el que se encendió la luz.

> *Voy a agradecerle que no estropee mi material, Baby. Ha costado mucho dinero, y como es natural tiene que ser recogido cuando termine la operación. ¿Se ha lastimado las manos? Veo sangre en ellas… Y veo sus ojos azules, bellísimos, pero fríos como hielo ahora. Voy a atacarla ahora por el lado de su vanidad: ¿no le gustaría ser más famosa muerta que viva? Creo que no debería resignarse a morir sin decirme quién es. Piense que la película que estoy tomando no sólo me concederá un gran triunfo a mí, sino que aumentaría su prestigio: la señorita X, que durante veinte años ha estado obteniendo triunfos en el espionaje mundial, luchando por su vida por última vez. ¿O no son veinte años de profesión? Yo creo que no, porque se ve usted muy joven. ¿Quince? Veamos, que yo recuerde…*

Brigitte salió del dormitorio, tras abrir la puerta sólo unos centímetros y echar un vistazo al pasillo…

La bala pasó crujiendo junto a su oreja derecha en el mismo instante en que veía a Esperanza, que tras el disparo comenzaba a gritar advirtiendo su presencia de nuevo arriba… Pero el grito de Esperanza se truncó en un gorgorito ronco de agonía cuando la bala disparada por Brigitte le acertó justo en la boca y salió por la nuca, causando un atroz destrozo.

—¡Arriba! —Oyó la voz de Maika—. ¡Está otra vez arriba! ¡No subáis, vais a ver ahora…!

Una de las granadas de Enrico apareció describiendo un tenso arco, procedente del vestíbulo, expertamente lanzada, y en dirección al pasillo… La reacción de Brigitte *Baby* Montfort fue no sólo admirable, sino increíble: alzó más la mano, disparó, y la granada, acertada en el aire, estalló todavía sobre el ancho tramo de escalones, llenando el interior de la casa de luz roja, haciendo

reventar varios cristales…, mientras abajo se oían gritos de dolor, y Brigitte, sintiendo que una ola de fuego la envolvía, caía hacia atrás.

Cuando se puso en pie, no veía nada. Por su pálido rostro la transpiración se había convertido ya en chorros. Oía gemidos de dolor en alguna parte. Giró, tocó la pared, la tanteó, y empujó la primera puerta que encontró…

Está sobrepasando usted todas mis esperanzas de obtener una buena película. ¿Le ocurre algo? No, no… La ventana está más hacia la derecha. Pero tenga cuidado: ya se han aprendido el truco. ¿De verdad no ve usted bien? La voy a informar: Maika y Georgia han sido alcanzadas, aunque no mortalmente, por la explosión de esa granada. Un tiro magnífico, señorita… señorita…

Borrosamente, Brigitte comenzó a ver de nuevo. Se acercó a la ventana, la abrió, y fue a colocarse a un lado de la puerta…, por la que aparecieron a los pocos segundos Norma y Jacqueline.

—¡Ha vuelto a…! —empezó la primera.

Se volvió al oír cerrarse la puerta, lanzando una exclamación. Afuera, Brigitte corría hacia el tramo de escalones. Se asomó, y vio sentadas en el suelo, manchadas de sangre, a Maika y Georgia.

—Maika —llamó.

Las dos falsas Baby alzaron la cabeza, sobresaltadas, y sus ojos se abrieron mucho… Arriba sonó el chasquido del disparo de Brigitte, y uno de los desorbitados ojos de Maika estalló.

—Esto es por Simón-Viena —jadeó Brigitte.

Georgia, que estaba desarmada, había comenzado a gritar, y se alejaba a gatas, con ridícula velocidad, de la línea de tiro de la espía más implacable del mundo…, cuyo fino oído oyó tras ella el rumor. Se volvió justo cuando Norma salía del dormitorio, alzó la pistola…

No llegó a disparar, porque Norma, lanzando un chillido, se apresuró a entrar de nuevo en el dormitorio.

Brigitte se lanzó escaleras abajo, recuperada ya totalmente la visión. La ropa se pegaba a su cuerpo como si acabase de recibir una ducha. En el momento en que llegaba abajo, una puerta se cerraba tras la aterrada Georgia.

Desdeñándola, Brigitte corrió hacia la cocina, entró en ésta, y enseguida vio la puerta de gruesa madera al fondo.

La abrió… La luz se encendió.

Escalofriante —comenzaron a sonar los pitidos—… Comprendo ahora su supervivencia durante tantos años. ¿Cómo lo consigue? ¿Dónde se entrena diariamente? ¿Qué sistema de mentalización han utilizado con usted para convertirla en un robot de semejante eficacia? Vamos, no sea tan adusta, señorita… señorita…

Brigitte había alzado la cabeza, y vio clavada al techo con un soporte giratorio la cámara de televisión. No valía la pena desperdiciar una bala en ella. Descendió rápidamente los escalones, y llegó a la bodega.

En el centro de la bodega, estaba Xox.

Ya le dije que me encontraría. Y espero de usted que tenga la suficiente inteligencia para comprender que no debe intentar desconectarme: sería un error mortal… para varios miles de personas que nada tienen que ver con esta cuestión.

Brigitte se acercó a Xox…

… A la computadora que ocupaba el centro de la bodega. Se quedó mirando los discos, que giraban a derecha e izquierda, con leve siseo. Junto a la computadora vio un recipiente metálico, que parecía de aluminio, y que estaba conectado eléctricamente a la computadora.

—¿El gas está aquí? —señaló el recipiente.

Así es. Y le aseguro que la explosión del recipiente lo expandiría de un modo rápido y violento. Es mejor que no toque nada. Pero puede mirar lo que quiera mientras conversamos…

Brigitte volvió la cabeza, y miró hacia arriba. Había otra cámara de televisión, que, como la de la entrada a la bodega, la estaba apuntando. Luego, miró los cables que convergían, desde una de las paredes, en la computadora.

Admitirá usted que soy el más inteligente de sus enemigos, Baby. No estoy corriendo el menor riesgo. Todo está programado en mí. Xox funciona a la perfección. Puedo hacer lo que quiera: encender y apagar luces, abrir y cerrar puertas, disparar armas

ocultas, explosionar la carga de gas, las minas, conectar la corriente eléctrica a las verjas, volar esta casa… Y verla y oírla a usted, lo que está resultando un grandísimo placer profesional.

—Entonces, ¿admite ser de la MVD?

¿Por qué no, tal como están las cosas? Usted jamás saldrá viva de aquí. Puedo matarla en cuanto lo desee, pues ya he comprendido que esas pobres infelices jamás podrían conseguirlo. Pero han cumplido su parte…, y ya me está cansando su torpeza. Discúlpeme un momento: voy a terminar con ellas. Así podremos conversar más tranquilamente.

Los pitidos cesaron. Brigitte miraba a Xox, buscando algún punto en que pudiese manipular. Pero sabía que el riesgo era enorme, en efecto. Si la computadora era accionada de tal modo que algo contradijera las órdenes que había en su memoria o las que, seguramente, estaba recibiendo en aquel momento, los resultados eran imprevisibles.

Allí abajo sólo se oían los chasquidos del girar de los discos. La computadora estaba funcionando, haciendo funcionar a su vez en cualquier parte de la casa otros dispositivos. Era maquiavélico y escalofriante…

Bueno, me he permitido librarla de las que quedaban. Ya estamos solos… Sí, soy de la MVD, en efecto. Ivan Torkenov, espía retirado, por causa de una lesión cardíaca. Esto me tenía amargado… Pero hace años, un día, me dije que podía dedicar el resto de mi corta vida a algo verdaderamente útil, y comencé a pensar en el modo de conseguir la más alta y distinguida victoria que pudiese soñar cualquier espía soviético. Y así fue desarrollándose en mi mente la idea a para cometer el asesinato del siglo: el de usted. Le diré una cosa respecto al Papa: mi Directorio desconoce ese proyecto mío, está convencido de que sólo iba a sacrificar a uno de nuestros traidores, Igor Chakov, y a eliminar alguna que otra persona… molesta, pero desconoce las intenciones que yo tenía de asesinar incluso al Papa para conseguir llegar hasta mi triunfo final. Yo no me habría detenido ante nada…

—Usted está loco. ¿No se da cuenta de las repercusiones que habría tenido el asesinato del Papa?

Para la CIA solamente, ya que Baby habría sido acusada de ese asesinato que…

—¿Qué más da a quién se culpase directamente? —cortó la divina espía—. El malestar político habría sido mundial, se habrían creado tensiones peligrosísimas que podrían haber desembocado en un total desastre mundial.

Quizás. Bien, no me parece prudente entretenerme más con usted.

Tengo ya suficiente película, tengo grabada su voz… Naturalmente, gracias a la película será usted identificada, así que, ¿por qué no es tan amable de decirme ahora quién es usted? ¡Satisfaga esta grandiosa curiosidad mía!

—Satisfaga usted antes mi curiosidad, Xox: ¿dónde está? ¿Le conozco yo?

Estoy relativamente cerca de usted ahora. No, usted no ha llegado a conocerme, pero sí uno de sus Simones, que me siguió desde el apartamento que yo tenía alquilado a nombre de Fachetti. Pero este riesgo era inevitable, ya que tenía que ir a recoger la grabación telefónica, para que no cayese en manos de nadie. Él sí llegó a verme, aunque levemente caracterizado. De todos modos, tanto él como su compañero que llegó en otro coche, quedaron despistados cuando yo, tras hacer explotar mi coche, escapé con el camión en el que estoy ahora viéndola, oyéndola… y dando órdenes actualizadoras a Xox… ¿Esperaba que Xox fuese así?

—Xox, me gustaría conocerle. Podríamos… llegar a entendernos. Es absurdo que un hombre tan inteligente como usted elimine a una mujer tan inteligente como yo. Podemos reunirnos en su camión…

* * *

—¡El camión! —aulló Enrico, apenas saltar del coche junto a

Número Uno, que lo estaba mirando hoscamente—. ¡*Signore*, he visto el camión!

Número Uno comprendió enseguida, y palideció.

—¿El que escapó cuando seguíamos a Fachetti?

—*Ecco, signore!* ¡Ese camión! ¡Está…!

—Llévame allí. ¡Pero no te acerques a él con el coche, Enrico!

—*Súbito, signore! Andiamo, andiamo presto!*

El coche salió disparado. Número Uno, demudado el rostro, sacó la pistola, y la examinó, como si no supiese que funcionaba perfectamente. Miró a su amigo.

—Enrico…

—¡*Signore*, le digo que es ESE camión! —Comprendió Enrico sus dudas—. ¡Se lo juro, *signore*!

—¿Dónde está?

—Está cerca de la playa, a unos cuatro kilómetros de aquí. Yo pasaba…

—¿Hay alguien en él? ¿O está abandonado?

—No lo sé, *signore*. Está cerrado, todas las luces apagadas, y no he visto a nadie en la cabina. ¡Pero es ese camión!

—No te acerques a menos de doscientos metros —susurró Número Uno—. Y quiero que apagues las luces de este coche cuando estemos a medio kilómetro.

—Parece que no hay personas en ese camión, pero algo debe de significar. ¿Qué le parece a usted, *signore*?

—No lo sé. Pero quizá podamos echar un vistazo a lo que contiene ese camión…

* * *

Dentro de la hermética caja del gran camión, sentado ante el gran panel de mandos y pantallas que funcionaban con energía autónoma, Ivan Torkenov sonreía escuchando las proposiciones de la agente Baby de la CIA. Torkenov se había quitado la peluca y los lentes, dejando al descubierto sus cansados ojos grises y sus cabellos completamente blancos. El falso Carlo Fachetti contemplaba a la espía más peligrosa del mundo, la escuchaba, y, de cuando en cuando, accionaba el pulsador que enviaba las señales de morse a toda la quinta en la que se hallaba recluida *Baby* Montfort… con

una carga de gas que podía ocasionar la muerte a miles de personas.

De cuando en cuando, como recreándose, como solazándose, el cardíaco ex-agente soviético miraba las demás pantallas de televisión, en las que se veían a las «Babies» muertas, distribuidas por toda la casa. Pero su máxima atención, su máximo recreo, se centraba en la auténtica y hermosa Baby, cuya dulce voz llenaba el hermético ámbito de la caja del camión. Ivan Torkenov comenzaba a tener calor, pero no le importaba. Si la conversación seguía interesándole, quizás optase por abrir la ventanilla deslizante que comunicaba la caja con la cabina del camión, para que entrase un poco de aire…

—… ocasionalmente —sonaba la voz de Baby—. ¿Qué tendría de malo para usted aceptar esta oferta?

Xox-Torkenov comenzó a enviar su respuesta accionando el pulsador: tit, tit. Tit-tit-tit, tit-tit…

Y de pronto, notó en el lado izquierdo de su cara el leve soplo de aire. Tardó, sin embargo, un par de segundos en comprender a qué se debía esto. Y cuando lo comprendió, respingó, volvió la cabeza hacia la ventanilla deslizante…

No pudo ver nada más que un breve fogonazo.

Y aun eso, por una fracción de segundo, pues enseguida, la bala llegó a su frente, cerca de la sien izquierda, y la perforó con seco chasquido. La cabeza de Ivan Torkenov osciló fuertemente mientras se convertía en un surtidor de sangre, esquirlas de hueso y masa encefálica.

Cayó del asiento, rodó por el piso del camión, y quedó tendido de bruces, lejos su arrugada mano del pulsador que le había tenido en comunicación con Brigitte Montfort.

* * *

—¿Por qué no contesta? —refunfuñó Baby—. Creo que mi oferta es razonable, Xox. ¿Le interesa o no?

No hubo respuesta. Pasó un minuto, dos, cinco… Junto a Baby, Xox seguía haciendo girar sus discos: zis-zaaaas, ziiiss-zas, zis-zas… Eso era todo lo que se oía.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Brigitte. Se acercó más a Xox, examinó los discos, los dispositivos, la conexión con la carga de

gas… Acercó una mano a esta conexión, la retiró, volvió a acercarla…

No toques nada —expresaron los pitidos de morse—. *Esto va a requerir quizás un par de días hasta que los expertos puedan controlar la computadora.*

Brigitte *Baby* Montfort miró con expresión desorbitada hacia la cámara de televisión más cercana a ella.

—¿Uno? —gimió—. ¡¿Uno?!

No toques nada, ni hagas nada. Simplemente, espera.

—¡Pero dime que eres tú, dímelo…!

Lo considero innecesario.

Brigitte Montfort se dejó resbalar al suelo, quedó de espaldas a Xox, apoyada en el artefacto. Se quitó la peluca roja, la tiró a un lado, y, de pronto, silenciosamente, mansamente, rompió a llorar.

* * *

De pie junto a Número Uno, viendo a Brigitte en una de las cámaras, Enrico musitó:

—Ella está llorando, *signore*…

—No es la primera vez —susurró Angelo Tomasini, alias Número Uno—… ¡Pero ni siquiera esto le servirá de escarmiento! Sé que volverá a las andadas, volverá a jugarse estúpidamente la vida…

—Ha salvado quizá las de diez mil personas —dijo con voz tensa Simón-Roma, de pie al otro lado de Número Uno—… Creo que tiene todo el derecho del mundo para llorar, señor.

—Y de todos modos —sonrió Enrico—, ¡llorar es cosa de mujeres, y ella es una mujer!

Número Uno miró a Brigitte en la pantalla.

Sentía un nudo enorme en la garganta, pero cuando lo tragó, su rostro no se alteró, no hubo en él ni un solo gesto, ninguna expresión, nada…

Nada respecto a su aprobación a que llorar fuese cosa sólo de

mujeres.

Este es el final

—¡Qué hermoso es el mar! Nunca me canso de contemplarlo. ¿No te parece hermoso?

A los mandos de su avioneta. Número Uno volvió la cabeza hacia Brigitte Montfort, y soltó un gruñido. Ella dejó de contemplar el mar, allá abajo, resplandeciente de sol, y lo miró a él.

—Espero que se te haya pasado el enfado cuando estemos en Villa Tartaruga, mi amor. Sería muy molesto estar los dos allí, solos, y entendernos a base de gruñidos.

—Estarías muerta si Enrico no hubiese tenido la suerte de ver el camión —farfulló Número Uno.

—Oh, seguramente, no. ¡Estaba convenciendo ya a Xox de que podíamos llegar a un acuerdo!

—¡Vamos…! ¡No puedes creer eso! Estabas condenada a muerte, y tú lo sabes perfectamente.

—Adivina qué robé de aquella quinta antes de marcharnos de allí una vez lo hubimos desarmado y desarticulado todo.

—¿Qué robaste?

—Seis botellas de champaña de aquella bodega. Comprenderás que no podía desdeñarlas. Aunque no son de Dom Perignon, fue una tentación irresistible para mí. Champaña francés, naturalmente. A propósito: ¿te queda Perignon en casa?

—Claro.

—Bueno, de todos modos probaremos el que robé allá. Lo llevo en mi maleta grande… ¿No fue enternecedor el detalle de John y de *Monsieur* Nez de desplazarse expresamente a Roma para pedirme disculpas por…?

—Brigitte.

—Dime, mi amor.

—¿Se te ha ocurrido pensar que ese champaña puede… estar envenenado, ser una última trampa de Xox?

—¡Oh!

—Reconócelo: es la vez que más peligro ha corrido tu vida.

—Oh, no —temblaron un instante los labios de Brigitte—… ¡Estoy segura de que finalmente lo habría convencido!

—Bueno —la miró sonriente de pronto Número Uno—, y yo estoy seguro de que si no fueses así, no te amaría tanto. ¿Preparada para aterrizar?

—Contigo siempre estoy preparada… para todo.

FIN